



# Camino de Hospitalidad al estilo de San Juan de Dios

Espiritualidad de la Orden



ORDEN HOSPITALARIA DE

**San Juan de Dios**

PROVINCIA SUDAMERICANA MERIDIONAL





**Camino de Hospitalidad al estilo de San Juan de Dios**  
**Espiritualidad de la Orden**  
**Provincia Sudamericana Meridional "San Juan de Ávila"**





# Contenido

<b>Presentación</b> .....	7
<b>Introducción</b> .....	13
1. El cambio de época.....	13
2. La Iglesia y la Orden en este contexto.....	15
<b>I. La Memoria: los orígenes carismáticos</b>	
1. El camino espiritual de San Juan de Dios.....	19
a) Vacío: hacer espacio a la Gracia Primera etapa.....	19
b) La llamada: al servicio definitivo del Señor Dios Segunda etapa .....	20
c) Alteración: transformado por la Palabra de Dios Tercera etapa.....	22
d) Identificación: como Jesús pobre y como los pobres Cuarta etapa .....	24
2. Tradición: transmisión del espíritu del Fundador y Padre .....	27
a) Padre y hermano en el Espíritu: los primeros Hermanos.....	27
b) El espíritu hospitalario heredado.....	29
3. El hoy del carisma de Juan de Dios: Misión compartida e inculturación.....	33
<b>II. El Fundamento: Misericordia y hospitalidad como categorías básicas</b>	
1. Presupuesto: misericordia y hospitalidad, culpa y violencia.....	37

2. La misericordia .....	38
a) El Dios de la misericordia .....	38
b) La encarnación de la misericordia .....	39
c) La misericordia en el carisma de la Orden .....	41
3. La Hospitalidad.....	42
a) Qué es la hospitalidad .....	43
b) La hospitalidad en la revelación .....	45
c) La hospitalidad misericordiosa en nuestro Padre San Juan de Dios .....	47
d) La Hospitalidad en las Constituciones y escritos de la Orden.....	49
4. Repensar la misericordia y hospitalidad en nuestro tiempo.....	51
a) La relación con “lo extraño” .....	51
b) Aprendizaje de la hospitalidad y la misericordia .....	53
c) En misión de misericordia y hospitalidad “hoy” .....	54
<b>III. El Itinerario espiritual: recorrer “hoy” el camino de Juan de Dios</b>	
1. La espiritualidad hoy.....	57
2. El paradigma o modelo de nuestro camino espiritual.....	58
a) Experiencias del vacío: desinstalación para “nacer de nuevo” .....	59
b) La “llamada” y las llamadas a lo largo de la vida: “¡Escucha, hijo!” .....	61
c) Alteración y Consagración .....	63
d) Identificación mística con Jesús pobre, marginado y sufriente.....	64
3. Partícipes del camino del pueblo de Dios .....	64



4. Partícipes del camino de espiritualidad de la Orden y sus comunidades .....	66
a) Transmisión carismática .....	66
b) El amor fraterno .....	67
c) Compartir la experiencia de Dios y discernir comunitariamente su voluntad .....	68
d) Comunidad en misión de hospitalidad .....	69
e) Una comunidad con sentido de Iglesia.....	71
5. Nuestro camino "personal" de espiritualidad .....	71
a) La oración personal como camino de espiritualidad .....	72
b) Un proyecto personal de espiritualidad.....	72
c) Contemplativos en la misión .....	74
d) Dimensión corporal de nuestro camino de espiritualidad ...	75
e) Vigilancia y apertura al Espíritu .....	76
6. La formación como camino de espiritualidad .....	77
a) La oración personal como camino de espiritualidad .....	77
b) La segunda etapa: responsabilidad operativa.....	78
c) La tercera etapa: los límites crecientes.....	79
d) Los momentos cruciales.....	79
<b>Conclusión</b> .....	<b>81</b>







# Presentación

Nuestra Orden Hospitalaria, siguiendo los principios emanados del Concilio Vaticano II, en concreto del Decreto Perfectae Caritatis, para la adecuada renovación de la Vida Religiosa, ha ido realizando en los últimos años una serie de reflexiones que la han ayudado a vivir el carisma de la hospitalidad a Hermanos y Colaboradores, heredado de San Juan de Dios, en el servicio a los pobres y a los necesitados.

Para ello promovió una dimensión pastoral y evangelizadora, haciendo mucho hincapié en la necesidad de vivir la asistencia, dando espacio a la técnica, pero poniendo especial atención a la humanización, reforzando nuestra identidad, pero respetando, tanto en la colaboración como en el servicio, a los que tienen otros credos, teniendo muy presente las implicaciones bioéticas que la asistencia tiene hoy y tratando de responder a ellas iluminada por el Magisterio de la Iglesia.

Desde hace años estamos comprometidos con la reflexión de nuestra Espiritualidad, que actualmente estoy presentando y que la hemos titulado “Camino de Hospitalidad al estilo de San Juan de Dios. Espiritualidad de la Orden Hospitalaria”.

Existía un deseo desde hace años manifestado por los Hermanos, sobre todo por los Hermanos formadores y por muchos de los Colaboradores.

Queríamos llegar a tener una reflexión actual de la Espiritualidad. Sentíamos la necesidad de una elaboración adecuada en la que expresásemos nuestra interpretación hoy de la forma de vivir el espíritu de San Juan de Dios, tanto en nuestra impronta personal como en el servicio a los enfermos.

Se habían dado por parte de diversos autores, especialmente hermanos, muchas aproximaciones a dicha reflexión, pero necesitábamos una que fuese, en este momento, la expresión del sentir de la Orden.

El LXIII Capítulo General celebrado en 1994, abordó este tema, consideró su necesidad y aprobó la elaboración de esta reflexión. Se proyectó realizarla en un año. Se pensó que la celebración del V Centenario del nacimiento de San Juan de Dios, 1995-1996, era el momento oportuno para publicarla. Como a veces suele ocurrir, el camino de elaboración se prolongó, haciéndose más largo de lo que se había previsto.

Después del Capítulo se nombró una Comisión formada por Hermanos de distintas culturas: Valentín A. Riesco, José Sánchez, Bernhard Binder, Stephen de la Rosa, Rafael Teh, Francis Mannaparampil, y por un colaborador, el profesor Pietro Quatrocchi, sacerdote y sociólogo. Intervino como asesor para el planteamiento del trabajo a realizar por cada uno de los citados miembros el P. Camilo Macise, General de los Carmelitas descalzos. Se tuvieron dos reuniones con él.

8

Al final, orientados por el mismo P. Macise, se decidió buscar un teólogo de la vida espiritual, que hiciera una redacción final con todo el material elaborado, integrando los elementos necesarios para el desarrollo de lo que podría ser hoy la presentación de la Espiritualidad de una Institución.

Si bien encontramos en seguida la persona que asumió esta responsabilidad, estaba muy ocupada, por lo que pasó el tiempo y, al final, con pena, nos dijo que no podía dedicarse con la intensidad que requería la realización de un trabajo de tal dimensión.

Habían transcurrido ya seis años. Estábamos a las puertas del LXV Capítulo General del año 2000, pendientes todavía de la finalización del libro, pero con la esperanza de poder terminarlo en breve plazo, puesto que le habíamos entregado el material al P. José Cristo Rey García Paredes y se había comprometido en hacer la síntesis.

Terminado el Capítulo, a finales de noviembre, se nombró una pequeña comisión



para ayudar al P. Cristo Rey. Se procuró que todos los miembros de ella fueran del mismo idioma con el fin de facilitar el trabajo. Estaba compuesta por los Hnos. Valentín A. Riesco, Jesús Etayo y Francisco Benavides. Yo mismo he participado en las distintas reuniones tenidas y he leído en cada paso que se iba dando las elaboraciones que se aportaban, expresando mi pensamiento al respecto.

Gracias a Dios tenemos el trabajo finalizado y lo presentamos a la Orden como un instrumento de reflexión que nos va a servir a Hermanos y Colaboradores en lo que es el seguimiento del espíritu de San Juan de Dios, en lo que supone el camino que cada uno de nosotros estamos llamados a realizar y encarnar así los sentimientos que consideramos que Juan de Dios tendría hoy, sobre todo, en el servicio a los enfermos y necesitados.

La reflexión que llega a vuestras manos ha sido un esfuerzo por presentar a San Juan de Dios como nuestro Padre Espiritual, de quien hemos recibido una herencia, enriquecida por la tradición, que debemos acoger con gran veneración, que estamos llamados a actualizar con nuevas formas, con nuevo ardor, en nuevos lugares, con un carácter universal, en un mundo globalizado que tiene necesidad de nuestra impronta juandediana.

9

Me llena de satisfacción ver cómo ha estado elaborada la reflexión.

Hay una primera parte dedicada a la Memoria, a los orígenes carismáticos, describiendo la vocación de Juan de Dios con estos cuatro términos: vacío, llamada, alteración e identificación. El camino propuesto es una gran llamada para cada uno de los lectores. Enriquecida esta parte con la tradición de la Orden nos lleva a un final, anclado en el hoy, con una misión realizada en común Hermanos y Colaboradores y con una exigencia de inculturación en los cincuenta países donde hoy nos encontramos presentes.

La segunda parte presenta la fundamentación partiendo de dos términos bíblicos, misericordia y hospitalidad, analizándolos, primero separadamente en

su verdadero significado, para llegar después a la síntesis que ha vivido y vive la Orden en su espiritualidad. Se llega al momento en que estamos viviendo hoy, en este caso, con implicaciones en el tema de la humanización, de la plenitud de nuestra vocación, en el ser de hermanos de cada uno de los que nos consagramos como Juan de Dios.

10

La tercera y última parte aborda el itinerario espiritual. Nuestra espiritualidad es un camino, un proceso, que los Hermanos tenemos que vivir en la comunidad con sus exigencias y que todos, los Hermanos y los Colaboradores en la medida que se sientan llamados, tenemos que hacerla realidad en nuestra vida personal y en la misión. Este compartir es una expresión de que nuestra espiritualidad surge y se vive en el pueblo de Dios, y que somos una Institución que quiere vivir unida a los colaboradores la misión y que quiere también ofrecer a los colaboradores como posibilidad de vida la espiritualidad propia, que será enriquecida con sus experiencias y sus valores. A todos nos va a exigir realmente estar en camino, no instalarnos nunca y no ser sordos a las exigencias del Señor.

Es bonito ver cómo en cada una de las tres partes que constituyen el texto termina con una incidencia en el presente, expresión del momento que estamos viviendo, deseo de lo que estamos llamados a vivir en el futuro inmediato.

Juan Pablo II en su Magisterio ha reforzado con insistencia la dimensión espiritual de la vida de la Iglesia, de la Vida Consagrada. Doy gracias al Señor por lo que significa este aporte que ponemos en manos de la Orden, que nos llevará a pensar muchas veces en nuestro padre San Juan de Dios y confrontar su espíritu con la realidad que estamos viviendo y con la que estamos llamados a vivir cada día. Tenemos necesidad de ser espirituales, tenemos necesidad de vivir nuestra espiritualidad como Juan de Dios desde Cristo Misericordia y Hospitalidad, en nuestro servicio a enfermos y necesitados. Que tengamos la capacidad, como Juan de Dios de ponernos en camino, de ser itinerantes, de no instalarnos nunca.



Pongo todo esto en manos de la Virgen, nuestra madre, la siempre entera, como la llamaba San Juan de Dios, en la solemnidad de su Patrocinio sobre la Orden.

**Hno. Pascual Piles Ferrando**  
Superior General

Solemnidad de Nuestra Señora del Patrocinio  
La Habana, 15 noviembre 2003  
IV Centenario de la presencia de la Orden en Cuba





# Introducción

1. “Lo que tan piadosamente comenzó aquel bendito varón Juan de Dios”<sup>1</sup> “cerca del año 1538, en Granada, en una pobre casa alquilada”<sup>2</sup> sigue adelante; su espíritu y carisma continúa latiendo en nuestro mundo después de 465 años. Es tal su fecundidad y capacidad transformadora que hombres y mujeres de distintos pueblos, continentes, razas y épocas lo reconocen como “padre espiritual”. Ellos y ellas, movidos por su espíritu, llevan adelante proyectos de acogida, ayuda, salud y rehabilitación en favor de los más necesitados<sup>3</sup>.
2. Estamos, no solo en una época de cambios, sino en un auténtico cambio de época. Están quedando obsoletas y anacrónicas las formas de pensar, de actuar y de vivir del inmediato pasado; pierden eficacia los viejos métodos e instituciones. Por eso, la herencia recibida de Juan de Dios, además de ser acogida con veneración, merece ser traducida en nuevas expresiones, vivida en formas culturales nuevas y sentida con un nuevo ardor.

13

## 1. El cambio de época

3. El cambio de época nos afecta desde diversos ángulos: la globalización y la localización, la posmodernidad y su influjo en la Iglesia y en la Orden.

**Globalización y localización:** Estamos en tiempos de globalización (creación de grandes redes mundiales); pero también, en tiempos de localización (afirmación de lo autóctono, lo indígena, lo cultural, lo propio). Ambos movimientos tienen aspectos positivos, pero también negativos. Una globalización

1 Regla y Constituciones, para el Hospital de Ioan de Dios de Granada (1585) Tit. 1º, 1ª Constitución, en Primitivas Constituciones, Madrid 1977, p. 12.

2 Constituciones de 1587, Introducción, en o.c., pp. 81-82.

3 Juan de Dios no es nuestro. Es de la sociedad, de la Iglesia. Tampoco somos los únicos responsables de que permanezca vivo a lo largo de la historia. Pero, con la ayuda de Dios, hemos de hacer que su Orden y él continúen en el tiempo”. Fr. PASCUAL PILES FERRANDO, Dejaos guiar por el Espíritu (Gal, 5, 16). Carta circular a los Hermanos de la Orden, Roma 24 octubre de 1996, (9.3), p. 60.

humanizadora, solidaria y no excluyente ofrece posibilidades inéditas a la comunión entre las naciones, grupos humanos y personas. Una localización no cerrada, ni fundamentalista, puede aportar a nuestro mundo riquezas y perspectivas inimaginables hasta ahora. Nuestro carisma se mundializa también, al mismo tiempo que se localiza y toma cuerpo en diversos lugares y culturas. Nos sentimos especialmente urgidos a poner en acto la llamada de la Iglesia a globalizar la solidaridad, la ternura, la caridad, en un mundo en que la globalización económica resulta tan discriminatoria y causa innumerables víctimas. También nos sentimos urgidos a defender el valor de lo local y de la individualidad de cada persona, especialmente de aquellas a las que una sociedad globalizadora margina.

14

**La posmodernidad:** la llamada posmodernidad es otro de los rasgos del cambio de época. Se suele describir como un “estado de la mente” común, globalizado, presente de una u otra forma en todos los pueblos de la tierra. Nos indica que están pasando los tiempos del totalitarismo, del absolutismo, de las visiones dogmáticas, del patriarcalismo; que está quedando atrás la anterior visión eurocéntrica del mundo, que intentaba explicarlo y controlarlo todo. La mentalidad posmoderna se encuentra especialmente activada en las generaciones jóvenes, aunque nos afecta a todos. Nos pide que optemos por explicaciones humildes y fragmentarias de la realidad, que es más real introducir pequeños actos de transformación, en lugar de pretender cambios totales; que hemos de aceptar la pluralidad, la diversidad y ser mucho más tolerantes y hospitalarios hacia los distintos, los otros. En este contexto, la hospitalidad y la misericordia adquieren un significado nuevo y nos desafían a traducirlas en acciones e instituciones adecuadas para este tiempo. La posmodernidad desafía también nuestra espiritualidad que, en consonancia con ella, se define más como camino, que como ley moral o exigencia abstracta. La posmodernidad nos hace más sensibles a la pluralidad de las formas de vida humana y cristiana y, por eso, nos abre a la correlación y a la comunión. Por eso, hablamos de misión compartida, carisma compartido, vida compartida.





**Posibilidades y amenazas:** nos acechan nuevas y preciosas posibilidades, pero también nuevas y terribles amenazas. Estamos ante un tiempo que no dominamos y en el que hemos de encontrar nuevos caminos. En todo caso, las repercusiones de este cambio de época en nosotros afectan a todo: espíritu y cuerpo, individualidad y sociedad, profanidad y trascendencia. Las relaciones entre nosotros no son las mismas que antes. Descubrimos nuevas facetas en la relación de los géneros (masculino y femenino), que dan un nuevo estilo a las relaciones entre varón y mujer (tanto en la familia, como en la sociedad). Ante la acumulación de poder económico y político emergen formas alternativas de poder que lo amenaza (terrorismo, mafias): nos encontramos afectados millones de seres humanos que sufrimos las consecuencias de esa lucha. Nuestra humanidad se caracteriza por una sorprendente movilidad -real o virtual- que impide los ritmos serenos, las etapas previsibles y nos hace entrar en ámbitos de fuerte incertidumbre. El crecimiento económico es real, pero no impide el crecimiento de la pobreza entre millones de seres humanos. Son tantos los contrastes y presiones que se ciernen sobre la psicología humana, que no pocas personas se quiebran, se deprimen y hasta enloquecen. A todos nos afecta, ahora más que en otros tiempos, una notable pérdida del “sentido de la vida” y de la historia.

15

## 2. La Iglesia y la Orden en este contexto

4. La Iglesia participa también de este cambio de época. No es la misma de antes.

- Tiene ahora un rostro más global y mundial. Es más multicultural y multirracial que nunca.
- Siente en sí misma todas las posibilidades de un nuevo tiempo, pero también sufre todas las amenazas y desgracias que el cambio de época implica.
- Llevada por la misericordia, que la constituye, la madre Iglesia quiere acoger a todos y abrirse -de manera muy especial- a los más necesitados.
- Ella escucha con nueva atención y actitud creadora las palabras del Resucitado que la envía como misionera a todo el mundo, a todas las etnias para anunciar el Evangelio y hacer presente la Misericordia.

5. En un contexto así, el carisma de Juan de Dios readquiere una formidable actualidad que es necesario resaltar y configurar. La Orden ha asumido el proceso de renovación, abierto por el Concilio Vaticano II, con audacia y seriedad. Ha reflexionado en profundidad sobre el carisma en nuestro tiempo y se ha planteado nuevos desafíos y nuevas metas. Así le ha ido dando un nuevo rostro al carisma de Juan de Dios en este tiempo<sup>4</sup>. Pero no hay que pararse; hoy se necesita esa fantasía creadora, que tiene en las generaciones jóvenes a sus mejores depositarios. En estas circunstancias históricas, en este mundo pluricéntrico y global, en esta Iglesia de Iglesias particulares y católica, al mismo tiempo, la Orden será capaz de intuir nuevas respuestas, nuevos caminos del Espíritu. Además de los Hermanos, hay también otras personas que llaman a las puertas de la Orden y se saben agraciadas con el carisma de Juan de Dios. Por eso, hay una apertura nueva hacia la “misión compartida”, la “espiritualidad compartida”, como nueva definición de la identidad de la Orden. Hoy la Orden manifiesta un rostro plural, intercultural, interracial<sup>5</sup>. Ella se siente llamada a ofrecer el camino espiritual de Juan

---

4 Cf. Declaraciones del LXV Capítulo General (Documentación). Granada 6 al 24 de noviembre de 2000; Carta de identidad de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios, Roma, 8 de marzo de 2000; Hermanos y Colaboradores unidos para servir y promover la vida, Madrid, 8 de marzo de 1992; Juan de Dios sigue vivo, Madrid, octubre 1991; La nueva evangelización y la nueva hospitalidad en los umbrales del tercer milenio. LXIII Capítulo General Orden Hospitalaria, Santa Fe de Bogotá, 2 al 28 de octubre de 1994; MARCHESI, P., La hospitalidad de los Hermanos de San Juan de Dios hacia el año 2000, Roma, 1986; PILES FERRANDO, P., Dejaos guiar por el Espíritu (Carta Circular a los Hermanos de la Orden), Roma, 24 de octubre de 1996; PILES FERRANDO, P., Hospitalidad al inicio del tercer milenio. Realización de la profecía de San Juan de Dios (Carta circular). Roma, 2 de febrero de 2001.

5 “Somos 1.500 hermanos, unos 40.000 colaboradores, entre trabajadores y voluntarios, y unos 300.000 colaboradores-bienhechores. Estamos presentes en los cinco continentes, en 46 naciones, con 21 provincias religiosas, 1 viceprovincia, 6 delegaciones generales y 5 delegaciones provinciales; y realizamos nuestro apostolado en bien de los enfermos, los pobres y los que sufren, a través de 293 obras. Siendo miembros de un mismo cuerpo, la Orden, vivimos sin embargo realidades muy diversas. Hay quien se encuentra en centros y sociedades en vías de desarrollo; algunos viven en países que gozan de un clima de paz, en tanto otros padecen la violencia o la guerra, o sufren las consecuencias de un reciente pasado de violencia; hay quien goza de libertad en su sociedad, a la par que otros ven severamente limitadas su libertad y sus derechos fundamentales; hay quien está dedicado a las actividades propiamente hospitalarias y hay quienes se centran en los temas sociales o de marginación; unos intentan ayudar a vivir, mientras para otros el campo de acción es ayudar a morir con dignidad. Aunque todos trabajamos en la perspectiva de una asistencia integral, holística, hay matices que nos orientan ya sea a la salud física, ya a la salud mental, o a las condiciones de vida digna. Hay quienes se encuentran en el Norte y otros en el Sur; unos en las culturas de Oriente, otros en las de Occidente”: ORDEN HOSPITALARIA DE SAN JUAN DE DIOS, Carta de identidad de la Orden Hospitalaria de S. Juan de Dios. La



de Dios a hombres y mujeres que no pertenecen ya a las culturas occidentales, como hasta ahora.

6. El desafío de abrirnos a la riqueza espiritual de las naciones y culturas, sin por eso perder la herencia espiritual recibida, da un nuevo aliento a nuestro carisma histórico, como Orden. Las generaciones jóvenes sienten en su alma un aire cultural. Hay una quiebra cultural entre generaciones que no se debe minusvalorar. Sólo las personas que se han ido manteniendo abiertas a la realidad lo comprenden adecuadamente y pueden acompañar a las jóvenes generaciones en su búsqueda e ilusiones. Surgen hoy nuevos e inéditos desafíos. No basta aceptar el carisma como herencia recibida. Hay que configurarlo de nuevo, darle un nuevo rostro, interpretarlo de una manera más actual. Hay que hacer “arder el corazón”, no solo a los miembros de la Orden, también a la sociedad, a la gente, a la Iglesia. La tarea de refundar la espiritualidad sería empeño imposible si no existiera la convicción de que el Espíritu está actuando y ofreciendo como gracia lo que apasionadamente buscamos. El Espíritu sólo pide vigilancia, capacidad de acogida y docilidad a los nuevos caminos que se abren.

17

7. El objetivo del presente documento es ofrecer los elementos fundamentales de la espiritualidad de la Orden dentro del nuevo contexto histórico y del pluralismo étnico, cultural, que la caracteriza. Por ello, lo dividimos en tres partes:

**I. La Memoria:** los orígenes carismáticos.

**II. Las claves evangélicas:** Misericordia y Hospitalidad.

**III. El itinerario espiritual:** la Espiritualidad hospitalaria para nuestro tiempo.

---

asistencia a los enfermos y necesitados según el estilo de San Juan de Dios, Fundación Juan de Dios, Roma, 8 de marzo de 2000, p. 19.





# I. La memoria: Los orígenes carismáticos

8. Contemplemos el camino espiritual de Juan de Dios. En él descubrimos el diseño original y el ícono de nuestro “camino de espiritualidad”.

## 1. El Camino espiritual de San Juan de Dios

9. Juan de Dios fue hombre en camino, un andariego: peregrinaciones y largas caminatas tuvieron lugar en su vida. En ellas quedó esbozado el itinerario de su peregrinación interior, de su camino espiritual. Juan de Dios hizo de su vida un camino -con los pies descalzos y a través de un escarpado sendero<sup>6</sup>- hacia la cumbre. Paradójicamente, encontró esa cumbre descendiendo hasta lo más profundo de la miseria humana. En su vida podemos distinguir cuatro etapas que denominamos con las siguientes palabras: vacío, llamada, alteración e identificación.

19

### a) Vacío: hacer espacio a la Gracia -primera etapa-

10. Tras una serie de fracasos, Juan de Dios experimentó el vacío y descubrió la plenitud de Dios: “¡Dios delante, sobre todas las cosas del mundo!”<sup>7</sup>. Fracásó en sus primeras andanzas como soldado y cayó derribado en tierra -como Pablo-, amenazado y sin más socorro que aquel que pudiera venirle del cielo<sup>8</sup>. Fracásó como militar cuando un capitán le condenó a ser

6 Juan de Dios no ignora que para llegar a la plenitud y sortear los escollos, el hombre necesita vigilar y estar disponible: “andad a duerme y vela, el pie en el estribo”, porque puede suceder “que os habéis de perder en esta ida”: cf. SAN JUAN DE DIOS (SJD), Cartas, 1 Carta a la Duquesa de Sessa (1DS), 7, p. 77; Carta a Luis Bautista (LB), 6 p. 29; en J. SÁNCHEZ, Origen y camino de nuestra espiritualidad.

7 SJD, Cartas, passim.

8 Durante el cerco a Fuenterrabía, Juan de Dios se ofreció para buscar el suministro que faltaba en el destacamento militar: “subió en una yegua francesa” tomada al enemigo y sin brida y a la carrera, por el halda de una sierra, se encaminó hacia los caseríos, pero la yegua se desbocó por aquellas breñas a la querencia de “su natural”. Juan no pudo detenerla; sufrió un enorme golpe contra las peñas; echando sangre, quedó como muerto; se despertó y sintió impotencia, dolor, amenaza por la cercanía del enemigo, miedo y... sin socorro en tanto peligro... con la autosuficiencia por los suelos, “se hincó de rodillas los ojos puestos en el cielo e invocó a nuestra Señora la Virgen María”. Ayudándose con un palo, caminó poco a poco, llegó al campamento y “le hicieron acostar en una cama”. FRANCISCO DE CASTRO, Historia de la vida y santas obras de Juan de Dios,

ahorcado en un árbol, por perder un botín que le robaron; y, aunque no fue ejecutado, sí fue expulsado del campamento dejándole en la mayor pobreza. En su camino -desde Fuenterrabía hasta Oropesa- se lamentaba del “mal pago que el mundo daba a quien más le seguía”<sup>9</sup>. Después de nueve años de silencio, Juan se enroló de nuevo en el ejército del Emperador para luchar contra los turcos. Regresó de Viena y desembarcó en La Coruña. La proximidad a su tierra despertó en él la nostalgia de sus padres, de quienes había sido arrancado a los ocho años pero su pena fue grande cuando supo que habían muerto<sup>10</sup>. Se sintió vacío. Descubrió la inconsistencia de la vida<sup>11</sup>: “aunque tuviésemos todo el mundo por nuestro, no nos contentaremos con más que tuviésemos”<sup>12</sup>; por eso, se decidió a “no confiar en sí mismo”<sup>13</sup>.

## **b) La llamada: al servicio definitivo del Señor Dios -la segunda etapa-**

11. Su tío le ofreció quedarse en la que fuera casa de sus padres, pero él lo rechazó con estas palabras: “Mi voluntad es de buscar a donde sirva a nuestro Señor... que yo confío en mi Señor Jesucristo que me dará su gracia para que este deseo lo ponga muy de veras en ejecución”<sup>14</sup>. Y siguió buscando sin encontrar. Retornó al pastoreo en Sevilla. “No viendo el camino que nuestro Señor le había de dar para servirle”, andaba triste<sup>15</sup>. Por fin, rompió definitivamente con el pastoreo. Marchó a Ceuta. Allí, para socorrer a una familia enferma, se puso a trabajar en la “fortificación de las murallas”; le

---

en MANUEL GÓMEZ MORENO, *Primicias históricas de San Juan de Dios*, (en lo sucesivo CASTRO), Madrid 1950, p 33, en J. SÁNCHEZ, o.c.).

9 CASTRO, p. 34.

10 “crióse con sus padres hasta edad de ocho años y de allí sin saberlo ellos fue llevado por un clérigo” (Castro p. 31.35).

11 “Todo perece... mientras estamos en este destierro y valle de lágrimas” (1DS 6; 2DS 10) ...“la muerte consume todo lo que este miserable mundo nos da: y no nos deja llevar con nosotros sino un pedazo de lienzo roto y mal cosido”: 3DS 15.

12 1DS 10.

13 2DS 18.

14 CASTRO, p. 36

15 “No veía el camino que nuestro Señor había de darle para servirle ... andaba triste y no tenía sosiego ni reposo ni le daba contento ya el guardar las ovejas”. CASTRO, 37-38.



entregaba cada noche “el jornal que ganaba”<sup>16</sup>. Superó una profunda crisis espiritual con la ayuda de un fraile docto, que le mandó expresamente abandonar aquella tierra y regresar a la península. Llegado a Gibraltar hizo confesión general. Juan, a veces entre lágrimas, pedía paz, quietud y llegar a la meta del servicio que deseaba: “y dad ya paz y quietud a esta alma”. Y la oración se fue convirtiendo en oferta cada vez más generosa: a fin de “entrar a serviros y ser para siempre vuestro esclavo”.

*“Pedía siempre a nuestro Señor muy de corazón y con lágrimas que le encaminase en lo que le había de servir”: “y así os suplico cuanto puedo, Señor mío, tengáis por bien de enseñarme el camino por donde tengo de entrar a serviros”<sup>17</sup>.*

12. Se procuraba el sustento realizando diversos trabajos, hasta que se ocupó en la venta de libros, primero de modo ambulante. Deseoso de asentar su vida en el nuevo oficio, con el que realizaba un apostolado, además de conseguir suficiente dinero para vivir y hacer obras de caridad, decidió “venir a Granada y vivir en ella de asiento”<sup>18</sup>. En Granada experimentó cierto sosiego, dedicado a las cosas de su oficio, sin dejar de sentir la voz que le bullía dentro y lo mantenía en escucha atenta. El día de la fiesta de San Sebastián subió a la Ermita de los Mártires para oír “entre los demás” el sermón del maestro Juan Ávila<sup>19</sup>. Allí lo esperaba el Señor.

13. El maestro Ávila fue su guía espiritual. Le afectó de una manera muy especial su comentario a Lc 6,17-32 (Bienaventuranzas y la bienaventuranza de los pobres):

*“Acabado el sermón salió de allí como fuera de sí dando voces, pidién-*

16 CASTRO, p. 38-40.

17 Ibid. , p. 42.

18 Ibid. p. 44.

19 Cf. CASTRO, p. 44 s.

*do a Dios misericordia... hasta llegar donde tenía la tienda y caudal... echó mano de los libros que tenía y dábalos libremente de gracia al primero que se los pedía por amor de Dios... y todo lo demás que en su casa tenía... En breve tiempo, quedó sin caudal y desnudo de todos los bienes temporales, porque no paró solo en eso, sino los vestidos que tenía encima de sí dio también... Y así, desnudo, descalzo y descapuzado, siguió otra vez por las calles más principales de Granada dando voces, queriendo desnudo seguir al desnudo Iesu Cristo y hacerse del todo pobre por el que siendo la riqueza de todas sus criaturas se hizo pobre por mostrarles el camino de la humildad”<sup>20</sup>.*

### **c) Alteración: transformado por la Palabra de Dios -tercera etapa-**

14. A partir de este momento, la vocación de Juan de Dios se define como un querer desnudo seguir al desnudo Iesu Christo y hacerse del todo pobre por quien por Él se hizo pobre.

22

*“Visto por personas honradas.. considerando que no era locura, como el común juzgaba... lo llevaron a la posada del padre Ávila... El padre maestro Ávila daba muchas gracias a nuestro Señor de ver las grandes muestras de contrición del nuevo penitente... diciéndole: hermano Ioan, esforzaos mucho en nuestro Señor Iesu Cristo y confiad en su misericordia que el que comenzó esta obra la acabará; y sed fiel y constante en lo que comenzaste... e id en hora buena con la bendición de Dios y la mía, que yo confío en el Señor que no os será negada su misericordia. Salió Ioan de Dios tan consolado.. que de nuevo cobró fuerzas... para desear ser de todos tenido y estimado por loco y malo y digno de todo menosprecio y deshonra por mejor servir y agradar a Iesu Cristo, que sólo en sus ojos vivía”<sup>21</sup>.*

*“Y viéndolo dos hombres honrados de la ciudad, compadeciéndose*

20 CASTRO, p. 46

21 Ibid., p. 46.48.





*de él... lo llevaron al hospital real, que es do recogen y curan los locos de la ciudad... Como la principal cura que allí se hace a los tales sea con azotes, y meterlos en ásperas prisiones y otras cosas semejantes para que con el dolor y castigo pierdan la ferocidad... atáronle pies y manos y desnudo con un cordel doblado le dieron una buena vuelta de azotes... ”<sup>22</sup>*

15. En el Hospital Real Juan encontró la respuesta a su anhelante búsqueda de servir al Señor dónde y como Él deseaba. La experiencia de sentirse contado entre quienes han perdido lo más estimable de la persona, la razón, y con esto sentirse hundido en el pozo más hondo del desprecio y de la conmisericordia, le recordó el camino recorrido por Cristo para conseguir rehabilitar a la humanidad: era necesario encarnarse en el mundo de la miseria humana, sufrir el desprecio de quienes se creen sabios y normales, para conseguir la rehabilitación de quienes recorren el camino de la enfermedad, la pobreza y la locura; era necesario hacerse uno más de su grupo, para mostrarles que también ellos son personas, hijos de Dios como él... y como todos.

23

*“Y viendo castigar los enfermos que estaban locos con él, decía: Iesu Cristo me traiga a tiempo y me dé gracia para que yo tenga un hospital, donde pueda recoger los pobres desamparados y faltos de juicio y servirles como yo deseo ”<sup>23</sup>.*

16. Juan quedó “herido del amor de Iesu Cristo”<sup>24</sup>. He aquí “la merced que le había de hacer”<sup>25</sup>. Descubrió el Camino que tanto buscó y deseó, cuando se hizo solidario con los pobres y enfermos viviendo y padeciendo su misma suerte.

22 Ibid., p. 49.50.

23 Ibid., p. 52.

24 Ibid., p. 50.

25 Cf. CASTRO, p. 38.

#### **d) Identificación: como Jesús pobre y como los pobres -cuarta etapa-**

17. Comenzó a recorrer el nuevo y definitivo Camino: recogía leña y la vendía; con lo que conseguía, mal se alimentaba y daba el resto a los pobres. Su hogar eran los soportales de las plazas y calles de Granada, compartiendo con los desheredados soles y fríos, amargas y esperanzas. Decidió hacerse pordiosero para conseguir aliviar el sufrimiento y la miseria de sus hermanos, al grito de "¡Quién hace bien para sí mismo! ¿Hacéis bien por amor de Dios, hermanos míos en Iesu Cristo?"<sup>26</sup>.

18. Viendo los pobres "por esos portales echados, helados y desnudos y llagados y enfermos, y viendo lo mucho que de esto había, determinó de más propósito buscarles el remedio"<sup>27</sup>. Con ayuda de algunas personas devotas alquiló una casa, la acomodó con lo indispensable y "comenzó a llevar pobres a costas, de todas cuantas maneras hallaba por la ciudad"<sup>28</sup>. Jesucristo comenzaba a concederle hacer realidad su propósito de tener un hospital donde cuidar a los pobres enfermos como le dictaba su corazón.

19. Para Juan de Dios el hospital es lugar sagrado, casa de Dios. Es un hospital-hogar abierto a todos los pobres desamparados sin distinción, porque Dios para todos hace salir su sol, en el que el huésped es el "señor" y Juan su esclavo:

*"Como la ciudad es grande y muy fría, especialmente ahora de invierno, son muchos los pobres que se llegan a esta casa de Dios... así reciben en ella generalmente de todas enfermedades y suerte de gentes, así que aquí hay tullidos, mancos, leprosos, mudos, locos, perláticos, tiñosos y otros muy viejos y muchos niños y, sin estos, otros muchos peregrinos y viandantes que aquí se allegan"<sup>29</sup>.*

26 CASTRO, p. 58.

27 Ibid., p. 57.

28 J. SÁNCHEZ MARTÍNEZ. "Kénosis-diaconía" en el itinerario espiritual de San Juan de Dios, Jerez, 1995, p. 331, 441.

29 2GL., 5.



20. El pueblo no entendía, asombrado, cómo “le había el Señor metido en la bodega del vino y allí ordenado con él su caridad”<sup>30</sup>. Juan crecía en contemplación de la “grande misericordia de Dios” y él mismo se hacía misericordia y gratuidad: “a todos socorría conforme a su necesidad, y no enviando a nadie desconsolado”<sup>31</sup>; “todo cuanto hacía y daba le parecía poco, vivía con ansias de darse a sí mismo por mil maneras<sup>32</sup>. Decían de él las gentes: “por su mucha caridad siempre endiosado”<sup>33</sup>; “siempre trataba caridad y hacer limosna”<sup>34</sup>. Pasaba noches enteras pidiendo al Señor “remedio para las necesidades que veía, con profundos gemidos y suspiros”<sup>35</sup>. Juan de Dios reconocía que “los bienes que los hombres hacen no son suyos sino de Dios, a Dios la honra y la gloria y la alabanza, que todo es suyo, de Dios, amen Jesús”<sup>36</sup>. Por eso, “cuanto hacía y daba le parecía poco”<sup>37</sup>, porque vivía inmerso en los niveles de expansión de la misericordia de Dios, que “tan magnífico y largo había sido con él”<sup>38</sup>. Por esto, su mayor dolor era no poder remediar necesidades: eso le quebraba el corazón<sup>39</sup>, porque “de tal manera lo había embriagado (el Señor) en su amor que nada negaba... siendo piadosísimo para todos”<sup>40</sup>. Juan de Dios tomaba por comida “una cebolla asada u otro manjar de poco precio” y dormía “en una sola estera en el suelo, cubierto con un pedazo de manta vieja, en un aposentillo muy angosto debajo de una escalera”<sup>41</sup>. En un rincón, bajo la escalera del hospital, vive la pobreza de sus pobres.

---

30 Ibid. p. 67.

31 CASTRO, p. 60.

32 Ibid., p. 67

33 Proceso de Beatificación de San Juan de Dios L 52/1.23, f 81. Cf. J. SÁNCHEZ MARTÍNEZ. “Kénosis-diaconía” p. 190-191.

34 Ibid, L 52/1.20, f 73v

35 CASTRO, p.81.

36 1GL 11.

37 CASTRO, p. 67.

38 Ibid. , p. 67.

39 1DS 15s. Castro afirma también que “no le sufría el corazón ver padecer al pobre necesidad sin darle remedio”. p. 78

40 CASTRO, p. 67.

41 CASTRO, p. 78-79.

21. Un día descubre que podía empeñarse, dejarse a sí mismo en garantía de deuda para poder seguir remediando tanto dolor. No lo duda un momento, pide prestado, se empeña, las deudas se multiplican, continúa empeñándose, debe “mas de doscientos ducados”<sup>42</sup>, pero el problema está lejos de solucionarse. Las angustias se le “recrecen cada día mucho más, así de deudas como de pobres”<sup>43</sup>. Las deudas suben tanto que los acreedores le cierran la puerta: “ya no me quieren fiar porque debo mucho”<sup>44</sup>. La tenaza se estrecha y lo acosa: las deudas y la necesidad de los muchos pobres que acuden, lo encierran en un callejón sin salida. “Estoy tan empeñado y con tanta necesidad que no sé qué hacerme... Viéndome tan empeñado que muchas veces no salgo de casa por las deudas que debo”<sup>45</sup>.

22. En la oración descubrió el sentido de todo: “estoy aquí empeñado y cautivo por solo Iesu Christo”<sup>46</sup>. Cautiverio y empeño que se le convierte en cadena perpetua, de la que ya no saldrá ni podrá salir en toda su vida. Poco antes de morir, dejaría en manos del arzobispo de Granada, Don Pedro Guerrero, el libro de “estas deudas que debo, que he hecho por Iesu Cristo”<sup>47</sup>. Y “sintiendo en sí que se llegaba su partida se levantó de la cama, se puso en el suelo de rodillas abrazándose con un Crucifijo donde estuvo un poco callado, y de ahí un poco dijo: Iesus, Iesus, en tus manos me encomiendo; diciendo esto con voz recia e inteligible dio el alma a su Creador”<sup>48</sup>.

23. Juan de Dios fue probado con la angustia y el sufrimiento. Como Jesús, se hizo como uno de tantos dementes y, gracias a su fidelidad, fue enriquecido con el don de la verdadera sabiduría: entendió que la dignidad de la persona radica en la riqueza del corazón; como Jesús, descubrió que la

---

42 2GL., 7.

43 2DS 2.

44 2GL 17.

45 Ibid., 8.

46 Ibid., 7.

47 CASTRO, p. 93.

48 Ibid., p. 94.



lucha contra el mal y el sufrimiento es un imperativo humano y, como él, se dedicó a hacer el bien a todos, comenzando por los grupos más discriminados: enfermos de todas clases, pecadores, prostitutas... a costa de ser despreciado y calumniado. Como Jesús, contempló el mundo de los hombres con ojos de ternura y misericordia y, gracias a su amor sin límites, contagió amor, se convirtió en hermano de todos y dio inicio a un camino de solidaridad hospitalaria. Como Jesús, descendió a lo más hondo de la miseria humana, dejándose conducir al Hospital Real. En el Hospital Real Dios siguió hablando a Juan, esta vez en los gritos, lamentos y desespero de sus hermanos los enfermos; respondió así a la anhelante búsqueda de Juan y a su decisión de “desnudo seguir al desnudo Iesu Cristo y hacerse del todo pobre por el que siendo la riqueza de todas sus criaturas se hizo pobre por mostrarles el camino de la humildad”<sup>49</sup>.

**Síntesis:** Juan de Dios siguió un camino espiritual que fue desde la dureza descarnada del despojo hasta la locura que le contagió el infinito amor de Jesucristo, pasando por la inserción en la pobreza y marginación de los bajos fondos granadinos, hasta llegar, a imitación del Maestro, a una identificación mística con los más pobres y asumir su oprobio y sus deudas hasta la muerte.

27

## 2. Tradición: transmisión del espíritu del Fundador y Padre

### a) Padre y hermano en el Espíritu: los primeros Hermanos

25. El don de Juan de Dios era irradiante. Su espíritu se transmitía. Su amor a los pobres y enfermos animó a muchos a unirse a su obra de caridad. La mayoría, como bienhechores que le ayudaban con sus limosnas; bastantes, deseosos de colaborar con él en el servicio de los necesitados; unos pocos, decididos a vivir con él un nuevo estilo de seguir e imitar a Jesús. Con estos constituyó una comunidad de hermanos. No necesitó darles más norma de vida que su propio modo de vivir.

---

49 Ibid., p. 46

26. Por experiencia personal sabía que servir a Jesucristo en sus pobres suponía realizar un camino nada fácil. A quien deseaba vivir con él y como él, se lo recordaba con palabras sencillas y tajantes. Era necesario estar dispuesto a vaciarse de sí mismo, “dejar el cuero y las correas”<sup>50</sup>, superar las dudas e inseguridades, el andar “como barca sin remo, como piedra movediza”<sup>51</sup>; invitaba a ser consciente de las propias debilidades y flaquezas, para no dejarse llevar de repentinos entusiasmos, teniendo en cuenta que en el futuro debería estar “sujeto a trabajos y días de muy mala ventura y de mucho bien a vueltas”<sup>52</sup>, por lo que convenía tomarse tiempo para discernir la llamada, encomendarlo “mucho a nuestro Señor Jesucristo”<sup>53</sup> y recorrer el camino de la ascesis personal: “pasar mala vida, hambre y sed y deshonras y cansancios y angustias y trabajos y enojos... todo por Dios pasado, ya que si acá venís habéis de pasar todo esto por amor de Dios”<sup>54</sup>. Urgía a vivir en relación con Dios y a la frecuencia de sacramentos: “tened presente a Dios todos los días vuestra vida, oíd misa entera siempre, confesaos a menudo, si es posible”<sup>55</sup>. En definitiva, quien deseara unirse a su estilo de vida, necesitaba hacer un proceso de conocimiento y de intimidad con Jesucristo que lo motivara a la imitación de su entrega en el amor a Dios y al prójimo; no se conforma con medianías; propone conseguir el grado más alto del amor: “Acordaos de nuestro Señor Jesucristo y de su bendita pasión, que volvía, por el mal que le hacían, bien; así habéis de hacer vos; cuando vengáis a la casa de Dios, sepáis conocer el bien y el mal”<sup>56</sup>; tampoco oculta las dificultades y exigencias: “si acá venís, habéis de obedecer mucho y trabajar mucho más que habéis trabajado... y no holgar, que al hijo más querido se le dan mayores trabajos...y todo en cosas de Dios: desvelaros en curar los pobres; que si acá venís habéis de pasar todo esto por amor de Dios; y por

---

50 LB 13.

51 Ibid. 8.9.

52 Ibid. 6.

53 Ibid. 7.

54 Ibid. 9.

55 Ibid. 15.

56 Ibid. 10.



todo habéis de dar muchas gracias a Dios, por el bien y por el mal”<sup>57</sup>. Como criterio último, que da sentido a todo lo demás, propone aspirar a fundamentar y centrar la vida en la vivencia que animaba todo su querer y hacer: “Amad a nuestro Señor Jesucristo sobre todas las cosas del mundo, que por mucho que vos le améis mucho más os ama Él; tened siempre caridad, que donde no hay caridad no hay Dios, aunque Dios en todo lugar está”<sup>58</sup>.

27. Quería Hermanos con experiencia de la misericordia de Dios<sup>59</sup>; así vivirían revestidos de entrañas de amor, serviciales hasta el detalle, fieles, comprensivos, capaces de perdón y de reconciliación y unidos entre sí. En su modo de ser y de estar, les transmitía una seguridad inquebrantable en su fe y en el carisma recibido. Muy pronto, los granadinos vieron que los “... hermanos andan por las calles buscando pobres y los llevan al hospital en brazos e a cuestras e los han curado con grande caridad... Es cosa pública que los hermanos, topando pobres por las calles, échanselos a cuestras y llévanlos al hospital”<sup>60</sup>. Había nacido en la Iglesia la Orden de Hermanos de Juan de Dios.

29

## b) El espíritu hospitalario heredado

28. Los primeros compañeros<sup>61</sup> de Juan de Dios participaban de su espíritu hospitalario y lo difundían. Antón Martín era como una prolongación de Juan de Dios; fundó y dirigió el Hospital de Ntra. Señora del Amor de Dios de Madrid que, a su muerte, recibió su nombre<sup>62</sup>; Pedro Velasco, transformado por la gracia como Antón Martín, con quien antes era su enemigo y deseaba su ajusticiamiento, se unió al Santo imitando su vida y murió en el

57 Ibid. 11.13.9.

58 Ibid. 15.

59 Cf. 1DS. 13.

60 J. SÁNCHEZ MARTÍNEZ. “Kénosis-diaconía”, p. 292, 307, 393.

61 No se habla de ellos. Solo en la biografía de Castro se habla en el capítulo XX del compañero de Juan de Dios Antón Martín. En cambio en “El Proceso”, anterior a la biografía de Castro, se habla muchas veces de los Hermanos de hábito de Juan de Dios; también se habla de sus compañeros en las biografías escritas por Dionisio Celi y Antonio Govea. Juan de Ávila (a quien el Santo llama “Angulo” en sus cartas) da el nombre de cuatro de los compañeros de Juan de Dios: Antón Martín, Pedro Pecador, Alonso Retingano y Domingo Benedicto.

62 L. ORTEGA LÁZARO, El Hermano Antón Martín y su hospital en la calle Atocha de Madrid (1500-1936), Madrid 1981, p. 31. cf. 17-19

Hospital de Juan de Dios de Granada. A ambos los alcanzó la misericordia de Dios a través del testimonio misericordioso de Juan y son estupendos testigos de reconciliación y fraternidad hospitalaria. Los otros compañeros son recordados por testigos como hospitalarios, muy cercanos a los pobres y enfermos que asistían; reconocían que Juan de Dios era su iniciador<sup>63</sup> y lo imitaban en su hospitalidad sin fronteras<sup>64</sup>. Veinte años después de su muerte se mantenía muy vivo el espíritu hospitalario.

30

29. Este espíritu ha permanecido vivo a lo largo de la historia de la Orden. Ahí están, ante todo, aquellos a quienes la Iglesia ha declarado Santos, Beatos y Venerables: San Juan Grande, San Ricardo Pampuri, San Benito Menni; numerosos Beatos Mártires; otros hermanos cuya causa de Beatificación está introducida (Francisco Camacho, José Olallo Valdés, Eustaquio Kugler, William Gagnon); y tantos como durante la historia de la Orden han sufrido el martirio y la persecución por Cristo y por la hospitalidad en Brasil, Colombia, Chile, Polonia, Filipinas, Francia, España y, recientemente, en otros países.

30. La espiritualidad se ha transmitido también a través de fundadores y refundadores de comunidades y obras de la Orden: los Hermanos Pedro Soriano (Italia); Giovanni Bonelli (Francia); Gabriele Ferrara y Giovanni Battista Cassinetti (Imperio Austro germánico), Francisco Hernández (América). En tiempos más recientes se recuerda a Paul de Magallon (Francia), Eberhard Hacke e Magnobon Markmiller (Alemania), a Giovanni María Alfieri (Italia) y san Benito Menni (España, Portugal y México). El espíritu hospitalario ha aparecido, asimismo, en colaboradores que han participado en la misión y en el espíritu carismático.

31. Los valores espirituales que han alentado esta larga historia, a partir de la experiencia originaria de Juan de Dios, son los siguientes:

- *Experiencia profunda de la "gracia" y "misericordia" de Dios*, que lleva

---

63 Cf. J. SANCHEZ MARTINEZ. "Kénosis-diaconía", TT 8/5; T 9/5; T 10/5, p. 346, 356, 364.

64 Cf. J. SÁNCHEZ MARTÍNEZ. "Kénosis-diaconía", T 11/20, p. 383: acogían a todo tipo de pobres, con todo tipo de enfermedad, no importaba que fueran moriscos o cristianos, sin abandonar a ninguno.





a reconocerse pecador, necesitado de perdón y a acoger el don de la hospitalidad concedido por Dios con tanta liberalidad a Juan de Dios y a sus seguidores<sup>65</sup>. Juan de Dios experimentaba el infinito amor misericordioso del Padre y se sentía movido a vivir misericordiosamente, sobre todo al contemplar la pasión y muerte de Jesucristo. Lo expresó sencilla y profundamente en estas palabras a la Duquesa de Sesa: Si mirásemos cuán grande es la misericordia de Dios, nunca dejaríamos de hacer el bien mientras pudiésemos;... dando nosotros por su amor a los pobres lo que Él propio nos da [...] Y nos ruega con los brazos abiertos que nos convirtamos y lloremos nuestros pecados, y hagamos caridad primero a nuestras almas y después a los prójimos. (1 D.S., 13). Cuando invitaba a contemplar la Pasión del Señor lo hacía para motivar a la oración de acción de gracias y de contemplación, a avivar la esperanza en Jesucristo, en quien encontraremos consuelo y aliento en las dificultades y sufrimientos, y a hacer el bien y caridad a los pobres y necesitados. (Cf. 3 DS. 8.9; 2 DS. 9.19). De Juan de Dios procede el lugar privilegiado que ha tenido y tiene la Pasión de Cristo en nuestro camino espiritual<sup>66</sup>.

- *Seguimiento de Jesús compasivo y misericordioso*<sup>67</sup>: descubrimos en Je-

65 Ya desde las primeras Constituciones se resalta este aspecto esencial.

66 Como a Juan de Dios, de Jesús nos cautiva de modo especial su entrega total en el amor, muriendo en la cruz por nosotros: la contemplación de la Pasión de Cristo, "Varón de dolores" (Is 53, 3), ocupa un lugar destacado en nuestra espiritualidad (Const. 33). En este punto, la tradición de la Orden se remonta a nuestro Fundador, devotísimo de la Pasión de Cristo. Al contemplar a Cristo crucificado, nuestro Padre se centraba tanto en los padecimientos de Jesús como en el amor que lo motivaba a aceptarlos; amor que lo llevó a perdonar, incluso, a sus enemigos. A este grado de amor insta Juan, cuando dice a Luis Bautista: "Acordáos de nuestro Señor Jesucristo y de su bendita Pasión; al mal que le hacían correspondía con el bien. Así tenéis que hacer vos" (nn. 10.11). Juan de Dios no invita a imitar a Cristo en sus padecimientos dedicándose a una vida de penitencia y sacrificio sino en la entrega de amor en el servicio de los que sufren. En el rostro dolorido de los enfermos, en la vida destrozada de los pobres, Juan descubre y contempla a Cristo. Servirles, para Juan, no es una cruz, no significa sacrificio: es la manifestación de que el amor de Dios ha inundado su vida y no puede hacer más que amar a todos y siempre, especialmente cuando son débiles.

67 Nuestra espiritualidad es, fundamentalmente, cristocéntrica. Juan de Dios fue un apasionado amante de Jesús. De él hemos aprendido a centrar nuestra vida en Cristo y a contemplarlo en su modo de servir, amar y sanar a los enfermos. Jesús de Nazaret es el Maestro que en su modo de actuar nos muestra las actitudes y gestos que necesitamos encarnar para continuar su obra de amor. Como Jesús, estamos llamados a sentir que se nos conmueve el corazón al ver el abandono y la miseria de la gente (Cf. Mt 9, 36) y a entregarnos a su servicio y consuelo como lo único que nos importa en la vida (Cf. Mc 6, 34-44); como Jesús, experimentamos la capacidad de ser conscientes de que cuando nos acercamos y servimos a los necesitados se manifiesta la

sús la encarnación y expresión humana del Dios-Misericordia, origen de nuestra hospitalidad (Const. 20); lo seguimos e imitamos en sus gestos y actitudes (Const. 2c; 3a); lo reconocemos en la persona y en el rostro del enfermo y del necesitado prestándole acogida y ayuda amorosa.

- *Devoción a la Virgen María* como ejemplo vivo y preeminente de hospitalidad: en su forma de acoger, servir, de interceder, de estar compasivamente al lado del que sufre<sup>68</sup>.

---

fuerza interior que nos anima (Cf. Lc 8, 40-48); al contemplar a Jesús, que se identifica con los pobres y enfermos tomando sus dolencias y cargando con sus enfermedades (Cf. Mt 8, 17), se renueva nuestra decisión de dedicarnos al servicio de quienes sufren, asumiendo, como Jesús, la condición de siervos que, con la entrega de la propia vida, promovemos y defendemos la vida de los pobres (Cf. Mt 12, 15-21; 20, 28).

68 La Virgen María, figura de la Iglesia y primera entre todas las personas consagradas (Cf. VC. 112), es para nosotros modelo de servicio a Cristo en Hospitalidad. Juan de Dios amó entrañablemente a María: la veneró y la imitó en su modo de vivir; fue un rendido devoto suyo, se sintió acompañado y protegido por ella en momentos difíciles de su vida. Todas las cartas de Juan de Dios comienzan: En el nombre nuestro Señor Jesucristo y de la Virgen María, siempre entera. Como era habitual en él, invitaba a hacer todo "...para servicio de nuestro Señor Jesucristo y de nuestra Señora la Virgen María" (1 GL., 12). Invocaba a la Señora con el rezo del santo rosario y animaba a rezarlo: "Me ha ido muy bien con el rosario que espero en Dios de rezarlo cuantas veces pudiere y Dios quisiere" (LB., 17). Supo transmitir a sus compañeros la confianza en la Virgen y el deseo de imitarla en el servicio a los pobres y enfermos. Sirva como ejemplo el testimonio del Hno. Antón Martín que, en su testamento, dice: En el Nombre de la Santísima Trinidad... y de la bienaventurada Virgen Gloriosa, nuestra Señora Santa María su Madre, a la cual yo tengo por Señora y Abogada en todos mis hechos... [...]... a servicio de nuestro Señor Jesucristo y de su gloriosa Madre. (L. ORTEGA LÁZARO, El Hermano Antón Martín y su Hospital en la C. Atocha de Madrid. 1550-1936, Madrid, 1981, p. 8).

Siguiendo la tradición de la Orden, las Constituciones recogen el sentido mariano de nuestra espiritualidad: la Virgen María es modelo de nuestra consagración a Dios (n. 25), profundamente hospitalaria en su vida dedicada al servicio de la persona y de la obra de Jesús (Cf. n. 42b). Su ejemplo nos anima a realizar como ella nuestra peregrinación en la fe (Cf. LG. 58) y a imitarla, acompañando con entereza y amor entrañable a quienes sufren, asociándonos de este modo al sacrificio de su Hijo, que se prolonga en el dolor de la humanidad. (n. 34a; Cf. 4d). María, Salud de los enfermos y Madre de misericordia, tiene un puesto singular en la vida de nuestra comunidad hospitalaria (Const. 42b) y en el corazón de cada Hermano. Nos sentimos animados a honrarla y a imitar su sencillez y disponibilidad, su entrega y fidelidad al proyecto de Dios sobre nuestra vida (Cf. Const. 4c), a la vez que la veneramos con afecto de piedad filial celebrando sus fiestas, en particular la de su Patrocinio sobre la Orden, y con las devociones tradicionales, entre las que sobresale el rezo del Rosario. (Cf. Const. 4d; 42b)

La Virgen del Magnífico pone de relieve uno de los aspectos más claros de nuestra espiritualidad: el Dios de la misericordia cumple sus promesas de liberación y se inclina con particular predilección sobre los pobres y humildes, y hará triunfar su poder de misericordia sobre la arrogancia de los poderosos de este mundo que oprimen a los débiles. Como María, estamos llamados a sentirnos en comunión con ellos, a sentir como propia su realidad injusta y a comprometernos evangélicamente en su liberación integral (Cf. Lc. 2, 46-53).

En la visita a Isabel, por otra parte, María se nos propone como modelo de hospitalidad al acudir a ayudar a su prima y dedicarse con sencillez a su servicio y, sobre todo, porque en ella Dios manifiesta y hace presente su salvación. Dios, encarnado en el seno de María, al elegirla como mediación para comunicar su Espíritu a Isabel y al niño que portaba en su seno (Cf. Lc 2, 41-44), eleva los gestos de hospitalidad al nivel de sacramento que



- *Vivencia armónica* e integral del amor a Dios y el amor al prójimo necesitado<sup>69</sup>.
- *Constancia espiritual ante los obstáculos*: es tal la experiencia de la gracia, que no hay dificultad y sufrimiento capaz de interrumpir lo que se realiza a favor de los pobres, de los enfermos o necesitados.
- *Hospitalidad irradiante*: como Juan de Dios, también sus seguidores han sido agraciados con una hospitalidad irradiante y vigorosa que invitaba a otros a participar en nuevos proyectos hospitalarios y a entrar en comunión de carisma y espiritualidad con ellos. La irradiación carismática se veía acompañada por una sabia formación de los colaboradores en el espíritu de Juan de Dios.
- *La atención a la persona del enfermo y necesitado* como aportación de la Orden a la única misión de la Iglesia<sup>70</sup>.
- *Profesionalidad*: la tradición hospitalaria de la Orden testimonia el interés por unir la misión hospitalaria con la técnica, la ciencia y la actualización de los medios, según los problemas y posibilidades que cada época deparaba.
- *Espíritu de donación hasta la muerte*: es una constante en tantos seguidores de Juan de Dios la disponibilidad a darse sin reservas, hasta entregar incluso la propia vida a favor de los enfermos y necesitados. Así lo demuestran hechos heroicos que jalonan la historia de la Orden en distintos lugares y tiempos: epidemias, guerras, peligros...
- *Inculturación entre los pobres, o humildad hospitalaria*: es la minoridad o la "kénosis" hospitalaria, que llevaba a los hermanos a renunciar a la vida confortable y cualquier tipo de grandeza, adaptándose al estilo de vida humilde de los pobres y enfermos.

33

### 3. El "hoy" del carisma de Juan de Dios: Misión compartida e inculturación

32. Juan de Dios compartió el don que había recibido con toda clase de

---

evoca y realiza su acción salvífica.

69 Const. 1984 103a.

70 Ibid. 1984, 103 § c.

personas, que se sintieron contagiadas por su modo de vivir el cristianismo y su amor a los necesitados: gente sencilla que se unía a él en el servicio, bienhechores anónimos y personajes de la nobleza que le apoyaban con sus bienes, presbíteros que colaboraban con él en la asistencia espiritual de quienes residían en el hospital y otros muchos voluntarios, médicos y gente de servicio que con él y los Hermanos atendían a los enfermos.

34

33. El don de la hospitalidad al estilo de Juan de Dios se ha irradiado constantemente, incluso a personas que no siempre están animadas por los valores de la fe cristiana. El carisma transmitido se ha desplegado en una admirable creatividad, dando lugar a una serie de realizaciones adaptadas a tiempos y lugares diversos. Somos cada vez más conscientes de que el carisma de la hospitalidad al estilo de Juan de Dios trasciende el ámbito de los Hermanos que han profesado en la Orden. Se sigue impulsando una nueva visión de la Orden como "familia", y acogemos -como don del Espíritu en nuestro tiempo- la posibilidad de compartir nuestro carisma, espiritualidad y misión<sup>71</sup>. Esta realidad, que entre nosotros ha ido tomando vigor muy lentamente, es un reto a vivir "de tal modo identificados con nuestra misión, que nuestros colaboradores se sientan animados a hacer lo mismo"<sup>72</sup>, no sólo porque las obras apostólicas de la Orden, sobre todo en los países desarrollados, se han vuelto enormemente complejas, sino movidos por el imperativo evangélico de compartir con gozo y gratuitamente lo que gratis hemos recibido del Señor, para bien de la comunidad eclesial y anuncio del evangelio de la misericordia.

34. Los Hermanos misioneros -en misión "ad gentes"- han hecho posible que el carisma de Juan de Dios se haya extendido considerablemente y

---

71 VC, 54.

72 Tras el Vaticano II, desde mediados de los años ochenta, la Orden impulsó y animó un movimiento de Alianza con los Colaboradores. Y recientemente, la Iglesia ha reconocido el paso de que los laicos trabajan para la misión o colaboran en la misión de los religiosos, a comparten el carisma y la misión de los religiosos, de manera que "se ha comenzado un nuevo capítulo, rico de esperanzas, en la historia de las relaciones entre las personas consagradas y el laicado". Cf. Const. 23a.



se haya inculturado; ahora se está dando el paso de la inculturación a la encarnación del carisma y de la misión de la Orden, a través de hermanos autóctonos. Esto significa que es necesario superar las formas de vivir la consagración en hospitalidad al estilo de las naciones de procedencia de los misioneros, para promover el estilo y formas de vivirlo cada cultura, conservando lo genuino y perenne del carisma. Las exigencias son aún más significativas en la misión, que ha de ir pasando paulatinamente de estilos de organizar la asistencia con patrones de primer mundo a modos de realizar la hospitalidad ajustadamente a cada realidad, encarnada en el ámbito socioeclesial, sin renunciar al valor tradicional de la Orden de promover una asistencia digna, apoyada en los adelantos de la ciencia y de la técnica y realizada por hermanos y colaboradores bien cualificados.

35. De este modo, a la vez que el carisma de Juan de Dios se enriquece con los valores de cada cultura, la Orden continuará siendo conciencia crítica en los lugares en los que la asistencia médica y social sea carente y promoverá el sano desarrollo de las estructuras sanitarias y asistenciales a las que puedan acceder todos, en especial los más desfavorecidos.

35





## II. El Fundamento: Misericordia y Hospitalidad como categorías básicas

36. La Orden ha expresado el carisma de Juan de Dios a través de dos palabras muy relacionadas: “misericordia” y “hospitalidad”<sup>73</sup>; las encontramos también en la Palabra de Dios; incluso en nuestro tiempo son dos términos que nos hablan de valores humanos muy bien aceptados en todas las culturas. Presentamos seguidamente unas breves reflexiones sobre cada una de ellas, como quicio en torno al cual gira la espiritualidad peculiar de la Orden. Para ello hablaremos: en primer lugar, de la misericordia, como categoría bíblica y antropológica; en segundo lugar, reflexionaremos sobre la hospitalidad en su sentido bíblico y antropológico; en ambos puntos evocaremos la peculiar resonancia de estos temas en el carisma de la Orden, teniendo especialmente en cuenta las Constituciones Renovadas.

37

### 1. Presupuesto: misericordia y hospitalidad, culpa y violencia

37. La misericordia es, ante todo, capacidad de comprensión, de compasión, de perdón, de ser agentes de reconciliación, que se manifiesta en la reacción ante la culpa, ante el pecado. Los seres humanos podemos actuar en fidelidad al proyecto de Dios o, por el contrario, tenemos la posibilidad de transgredir su voluntad, las normas humanas, las alianzas que hemos pactado. Vivir desde el ser, desde las actitudes positivas produce armonía, desarrollo de uno mismo y crea ámbitos de serenidad, de solidaridad. Por el contrario, la transgresión repercute en nuestra psicología y la desajusta o desequilibra; adquirimos conciencia de culpa, sentimiento de culpa, y esto nos afecta en todas las dimensiones de nuestra vida. Cuando uno se sabe y se siente culpable ante Dios, hablamos de pecado, uno se sabe y se siente culpable ante sí y ante los demás, hablamos de culpa “moral” o “ética”

73 cf. V.A. Riesco, La Hospitalidad manifestación del Ser de Dios en favor del hombre. Fundamento bíblico de nuestra espiritualidad.

acaece una violación de algo fundamental en nuestro sistema de valores, nos surge la conciencia de culpa, los sentimientos de culpa.

38. Por eso, no es bueno negar la culpa, aunque tampoco lo es favorecer el complejo de culpa, que abulta y desfigura la realidad. Perdonar -saber perdonar y saberse perdonado- constituye la superación más radical de la culpa, del pecado.

39. La hospitalidad es, ante todo; la capacidad de la persona de abrirse y acoger al otro; es también reacción ante la violencia. Hay violencia allí donde hay antagonismo entre nosotros y no somos capaces de vivir en paz, de encontrarnos como personas. La violencia interior nos hace preferir el conflicto, la lucha, la degradación. La violencia activa en nosotros los peores resortes (los pecados raíces) y estimula nuestra agresividad. La violencia original no fue la guerra de todos contra todos, sino la hostilidad de una comunidad humana –familia, aldea, nación, religión, entidad cultural- hacia los extraños y extranjeros. Cuando la violencia de espíritu se erige en ley universal, reclama para sí el monopolio de la civilización y combate la diversidad humana. Hay violencia donde se niega lo diverso.

38

40. La violencia religiosa confiesa “¡Dios está con nosotros!” y niega la presencia de Dios en los diferentes. Quien cree que Dios está sólo con él, no debe nada a nadie. Esto da lugar al egoísmo sagrado: “para ser es necesario que el otro no sea”. Por eso la violencia sagrada es fundamentalista y homicida hacia los otros; y destructiva hacia los que la ejercen. Solo la acogida del otro, del diverso, la hospitalidad -¡la filoxenia y no la xenofobia!- se enfrenta a la violencia.

## 2. La Misericordia

### a) El Dios de la Misericordia

41. La característica suprema de Dios, según el antiguo testamento, es la





misericordia y no la violencia<sup>74</sup>. La misericordia supera infinitamente la ira: “por un instante, en un acceso de cólera, te oculté mi rostro; pero te tengo un amor eterno” (Is 54,8). El texto paradigmático que expresa la misericordia, como identidad de Dios es Ex 34,6-7:

*“Yahveh pasó por delante de él y exclamó: «Yahveh, Yahveh, Dios misericordioso y clemente, tardo a la cólera y rico en amor y fidelidad, que mantiene su amor por millares de generaciones, que perdona la iniquidad, la rebeldía y el pecado, pero no los deja impunes; que castiga la iniquidad de los padres en los hijos y en los hijos de los hijos hasta la tercera y cuarta generación”.*

42. Aquí Dios es proclamado como “raham”, aquel que tiene amor entrañable, materno, visceral, amor de corazón. Este amor misericordioso es totalmente gratuito, no es respuesta a los méritos, sino una exigencia del corazón. Misericordia es, entonces, bondad, ternura, paciencia, comprensión, presteza para perdonar a pesar de la infidelidad.

43. La misericordia de Dios se manifiesta siempre en contextos de violación de la Alianza. El pueblo, consciente de su infidelidad, recurría a la misericordia de Dios. Las infracciones de la Alianza suscitaban la ira y los celos de Dios; pero, con los profetas (Ezequiel y Deutero-Isaías), las amenazas se convertían en anuncios de consolación y manifestaciones de misericordia, en evangelio (buena noticia) para los pobres (Is 40; 61).

## **b) La encarnación de la Misericordia**

44. El texto de Filip 2,6-11 nos dice que Dios “se anonadó y asumió la condición de siervo haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz”. El Dios omnipotente renunció a la voluntad de poder: “estoy en medio de vosotros como el que sirve”. (Lc 22, 27; cf. Mt 22, 25-28) El Dios omnipotente no destruye mecánicamente el mal y la muerte, sino que lo asume.

<sup>74</sup> No es fácil explicar por qué, pero el Dios del Antiguo Testamento fue presentado a veces con rasgos violentos y hasta demoníacos. Latía en el fondo la necesidad de explicar el misterio del mal, y de establecer contra toda idolatría que Yahweh era el único Dios.

Por esto, ante el sufrimiento de los inocentes, o los episodios absurdos de la vida, nuestro Dios se muestra como debilidad invencible. Y porque Dios se manifiesta como débil, por eso sufre con el ser humano. El sufrimiento es el pan que Dios comparte con nosotros. La misericordia divina es el arrepentimiento de Dios, la debilidad de Dios. La debilidad de Dios corresponde a la debilidad del ser humano. Nuestro Dios se presenta siempre como protagonista del perdón. Perdonando, practicando la misericordia, es como Dios se revela al ser humano en cuanto Dios.

40

45. El nuevo testamento presenta a Jesús como el gran perdonador, el gran terapeuta del perdón. En Él se hace presente toda la misericordia de Dios. En algo tan privativo de Dios como es perdonar (cf. Mc 2, 7; Lc 15), Jesús hace las veces de Dios Padre. Jesús se preocupaba de las personas en su totalidad, descendiendo hasta su misma interioridad, hasta su corazón, pero sin quedarse sólo en el alma, en la psiqué, sino curando también su cuerpo. "Jesús mismo era la terapia que proporcionaba" (Hanna Wolft). Al perdonar, Jesús desencadena en el perdonado un proceso de reajuste total. En Jesús se revela la misericordia, no la violencia. La encarnación es el abajamiento de Dios (kénosis de Dios). Es la señal de que Dios no es violento. Ama la debilidad y se hace débil. Jesús no aparece con el carácter absoluto de una persona sagrada, sino "como uno de tantos" (Fil 2, 7), secularizado. Jesús se hace prójimo de todos, sin excepción. Ama a todos, porque es el ícono de Dios y Dios es Amor (1Jn 4, 7). Rechaza sin reservas todo tipo de violencia. Jesús presenta a su Abbá no como patrón, sino como amigo; no como dominador, sino como servidor; afirma que las cosas esenciales no son reveladas a los sabios, sino a los pequeños (Mt 11, 25; Lc 10, 21). El hilo conductor de la historia, iniciada por Jesús, es la reducción de las estructuras fuertes, la renuncia a la violencia y el eficazismo; por eso, recomienda tanto el perdón e invita a volver a empezar una y otra vez (¡hasta setenta veces siete! (Mt 15, 22). Jesús se manifiesta así como el gran educador que conduce hacia fuentes tranquilas y enseña cómo superar la violencia -sagrada o social-.



46. El himno que abre la carta a los Efesios enfatiza la magnificencia de Dios que, en Jesús y por él, nos otorga el perdón de los pecados. Si la gratuidad constituye uno de los rasgos que nos ponen de manifiesto lo sorprendente de Dios, la misericordia en particular nos lo hace cercano y accesible. Dios no es solo gratuito, sino que, al perdonar, se regala como misericordia. Tener misericordia es lo propio de Dios. Dios ejerce su presencia entre los hombres perdonando. “¿Quién puede perdonar pecados, sino solo Dios?” (Lc 5,21; Mc 2,7). Jesús asume el protagonismo reservado a Dios. La encarnación del Hijo de Dios ha sido la manifestación suprema de la Misericordia. El Abbá es “el Padre de las misericordias y el Dios de todo consuelo” (2 Cor 1,3), “Dios Padre es rico en misericordia” (Ef ,2,4).

47. La identificación de Jesús, no solo con el ser humano, sino más especialmente con los que tienen hambre, sed, con los desplazados, con los enfermos, con los prisioneros y todos los necesitados (Mt 25,34-45), manifiesta hasta dónde llega la misericordia que él encarna. Jesús mismo es -como aquellos con quienes se identifica- víctima de la violencia. Él no recibe misericordia y hasta se pregunta en la cruz: “Dios mío, Dios mío, ¿para qué (por qué) me has abandonado?” (Mt 27, 45). El Hijo fue, sin embargo, escuchado y su oración fructificó en la Resurrección. Resucitó desde las entrañas del Abbá: Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy (Cf. Sal 2, 7; Heb 1, 5). Nació para la vida eterna de las entrañas misericordiosas del Abbá.

41

### c) La misericordia en el carisma de la Orden

48. La “misericordia” es el eje del carisma y espiritualidad de Juan de Dios<sup>75</sup> y de su Orden<sup>76</sup>. Intentamos ser en la Iglesia un ícono viviente y colectivo

75 Así lo expresa reiteradamente el primer Capítulo (Constitución Fundamental) de las Constituciones renovadas. En primer lugar, presentan a san Juan de Dios como un hombre: “transformado interiormente por el amor misericordioso del Padre, que vivió en perfecta unidad el amor a Dios y al prójimo” (Const. 1); “imitó fielmente al Salvador en sus actitudes y gestos de misericordia... entregándose por completo al servicio de los pobres y enfermos” (Const. 1).

76 En segundo lugar, las Constituciones afirman que: “la Orden Hospitalaria nace del evangelio de la misericordia (Mt 8,17; 25,34-46), vivido en plenitud por san Juan de Dios” (Const. 1); por la consagración del Espíritu los Hermanos quedan configurados con Jesús compasivo y misericordioso; participan del amor miseri-

de la Misericordia.

**Punto de partida:** reconocemos que somos misericordiosos en la medida en que tanto Juan de Dios como cada uno de nosotros hemos sido alcanzados por la Misericordia de Dios y la hemos experimentado en nuestra vida: “si considerásemos cuán grande es la misericordia de Dios, nunca dejaríamos de hacer el bien mientras pudiésemos”<sup>77</sup>. Nos sentimos habilitados y consagrados para ser misericordiosos. Deseamos “amar a Jesús sobre todas las cosas del mundo y por su amor y bondad hacer el bien y la caridad a los pobres y necesitados”; queremos imitar a nuestra Señora la Virgen María “siempre entera” en su amor materno” (Const. 4b.c).

42

Nuestro objetivo espiritual consiste en “encarnar cada vez con más profundidad los sentimientos de Cristo hacia el hombre enfermo y necesitado y a manifestarlos con gestos de misericordia”; “hacerse débil con el débil”; ser para él, signo y anuncio de la llegada del Reino de Dios” (Const. 3). Nuestra respuesta vocacional nos lleva a cultivar en nosotros un amor cada vez más intenso hacia los pobres, necesitados y pecadores.

El estilo que desde los orígenes nos caracteriza se muestra en las siguientes virtudes: “servicio humilde, paciente y responsable; respeto y fidelidad a la persona; comprensión, benevolencia y abnegación; compartir las angustias y esperanzas.” (Const.,3b).

### 3. La Hospitalidad

49. La Orden ha expresado tradicionalmente el carisma recibido con la palabra “hospitalidad”. Este término, no solo no ha perdido capacidad expresiva en nuestro tiempo, sino que es propuesto por algunos como categoría fundamental de una nueva moralidad para nuestro tiempo<sup>78</sup>. Por eso, es

---

cordioso del Padre y mantienen viva en el tiempo la presencia misericordiosa de Jesús de Nazaret (Const. 2).

77 1 Duquesa de Sesa, 13.

78 Cf. Daniel Innerarity, *Ética de la hospitalidad*, ed. Península, Barcelona 2001.



importante reflexionar sobre ella, como quicio sobre el que gira la espiritualidad peculiar de la Orden.

### **a) Qué es la hospitalidad**

50. La hospitalidad nos habla de las relaciones que se establecen entre un huésped y aquella persona que lo acoge (el anfitrión o la anfitriona). En esas relaciones hay obligaciones y responsabilidades. El huésped y el anfitrión están en mutua relación: no existe el uno sin el otro. El huésped es un ausente que en cualquier momento puede hacerse presente y reivindicar su derecho de hospitalidad. Allí donde vige la hospitalidad, el ausente tiene derechos ante el anfitrión (ser acogido) y el anfitrión, todavía no constituido en cuanto tal, tiene deberes respecto al huésped que se le acerca (acogerlo).

51. ¿Por qué los seres humanos somos hospitalarios? No es fácil saber el motivo; en todo caso, la relación de hospitalidad no es mecánica, ya que el huésped puede irse o el anfitrión puede retirar su acogida; pero tampoco es arbitraria, dado que el anfitrión se siente moralmente obligado a recibir a un huésped, aunque sea inoportuno.

43

52. La característica fundamental de la hospitalidad es la acogida y el reconocimiento del huésped por parte del anfitrión; pero ese reconocimiento y acogida tiene rasgos especiales:

La hospitalidad es virtualmente universal. Huésped puede ser cualquier persona; reconocerla como huésped supone dar un paso muy importante hacia el reconocimiento de todos los seres humanos como huéspedes virtuales. Cualquier persona en el mundo es un huésped virtual, o un anfitrión virtual. En muchas culturas se prohíbe preguntar al huésped por su procedencia o su nombre, como si fuera una representación simbólica del ausente. La protección del anonimato del huésped es la señal de que en cada huésped vemos a cualquier persona del mundo. Nuestros deberes hacia los visitantes que nos salen al paso son muy concretos. Mostrar un

cierto desinterés por conocer su nombre, procedencia o estirpe, no significa desprecio sino disposición hacia una hospitalidad abierta a todo el mundo. La hospitalidad revela un alto sentido de la moralidad y de la política. El huésped no sólo es recibido en tanto que determinado individuo, sino también como embajador sustituible, como representante de otros; pues, los seres humanos formamos grupos, comunidades, sociedades, naciones; cada individuo está inserto en ellos. La hospitalidad nos confronta, por ello, con algo de notable significación ética y política: la acogida del extraño, del otro, del que no pertenece a "los míos". La hospitalidad es reconocimiento de "los diferentes": aceptamos que el huésped sea diferente de nosotros. Le damos libertad para discrepar de nosotros.

44

La hospitalidad es virtualmente sagrada. En no pocos pueblos se siente que ese "otro" que es el huésped está revestido de misterio. Una cierta sacralidad lo envuelve. El huésped puede ser un dios. El hospedaje de los dioses es un tema que aparece muchas veces en la mitología griega, en la Biblia y en la tradición de muy diversas culturas. Los dioses, se dice, asumen frecuentemente formas irreconocibles y piden ayuda a los humanos. La carta a los Hebreos dice que algunos habían hospedado ángeles sin saberlo (Heb 13,2). De este modo se sanciona religiosamente el derecho de hospitalidad: con los extraños hay que comportarse como si de la visita de un Dios se tratara. La figura del huésped está cubierta de una ambigüedad que la presenta como un lugar incierto, en el que algo importante para nosotros se pone en juego. Es lugar de temor y deseo al mismo tiempo. El huésped se convierte en símbolo de mediación entre dos esferas distintas. En la recepción del huésped tiene lugar un encuentro entre seres de órdenes distintos: lo divino, lo lejano, lo ilimitado e inconcebible, es acogido en un ámbito humano. Este encuentro tiene, en ocasiones, el carácter de una irrupción violenta que destruye el orden acostumbrado y desequilibra el espacio de lo familiar; en cualquier caso, siempre resulta algo imponderable y desconcertante .



La hospitalidad es un acontecimiento. Es imprevisible e incontrolable. No sabemos cuándo va a acontecer, ni con qué persona. El anfitrión está siempre preparado, porque a la hora más imprevista puede llegar el huésped.

Cada encuentro de hospitalidad es único y conlleva la atención a la persona concreta; ha de ser realizado e interpretado según las características de las personas que ejercen las funciones de huésped o anfitrión. Los deberes del huésped y el anfitrión son generales, pero se llevan a cabo dentro de un horizonte determinado y finito. Uno puede estar dispuesto a cumplir las obligaciones que impone la atención a cualquier ser humano, con independencia de sus peculiaridades, en virtud de su pertenencia al género humano, pero estas exigencias no se le hacen presentes más que en la forma de un ser particular. Un anfitrión que estuviera esperando un huésped universal, el único verdaderamente merecedor de atención, mientras rechaza a todos los visitantes que llaman a su puerta, porque ninguno de ellos realiza plenamente la condición humana, estaría negando el acontecer de la hospitalidad.

45

## b) La hospitalidad en la Revelación

53. La revelación judeocristiana es peculiarmente sensible al acontecimiento de la hospitalidad<sup>79</sup>. Inicia narrando cómo Dios acogió al ser humano en su huerta: trabajó para su huésped (“haciendo brotar toda clase de árboles hermosos y sabrosos”), le ofreció comida y vestido (“puedes comer de todos los árboles... Hizo pellizas para el hombre y su mujer y se las vistió”) (Gen 2,8-9,15-17). Concluye la revelación diciendo cómo Dios pide hospedaje al ser humano: “Mira que estoy a la puerta llamando. Si uno escucha mi llamada y abre la puerta, entraré y cenaré con él y él conmigo” (Apc 3,20).

54. La hospitalidad hizo a los seres humanos huéspedes de Dios, a Dios huésped de los seres humanos y a éstos huéspedes entre sí. Adán y Eva fueron

---

79 Cf. N.B. Pagadut, *Be hospitable*, Claretian Publications, Quezon City, Philippines 1992.

huéspedes de Dios en su huerta del Edén. Abraham, y después el pueblo que estaba en Egipto, fueron llevados a la tierra que mana leche y miel y allí fueron huéspedes de Dios: “La tierra es mía y vosotros sois extranjeros y huéspedes míos” (Lev 25,23; cf. Sal 23,5; 27,10). Dios fue huésped de Abraham y se albergó bajo la tienda en el encinar de Mambré; después fue huésped del pueblo que caminaba por el desierto morando en la tienda del encuentro. Finalmente aceptó morar en la casa del Templo: “la gloria de Dios llenaba el templo” (1 Rey 8,10-11). La hospitalidad abrió los ojos de los seres humanos para que se vieran y reconocieran como huéspedes entre sí. Abraham y Moisés se sentían forasteros en tierra extranjera. Así también el pueblo en Egipto. Comprendieron que el ser humano tiene contextura de hospitalidad.

46

55. Hospitalidad es la acogida de cada uno en el seno materno. Hospitalidad recibida y regalada en tiendas, casas, ciudades o países. La hospitalidad no se entendía en términos de una simple acogida al huésped; implicaba una “inclusión” del huésped en el ámbito del propio círculo de intereses, en su tutela contra los enemigos, en su protección, en su respeto existencial profundo, en el cuidado de su persona de cara a todas las eventuales necesidades.

56. Íconos de hospitalidad en el antiguo testamento fueron: Abraham que acoge a los tres hombres, la viuda de Sarepta y Elías en hospitalidad mutua, la prostituta de Jericó, Rahab, que acoge a los enviados de Josué, el anciano que acoge al levita y su esposa (Juec 19), Tobías, el arcángel Rafael, Rut.

57. El Nuevo Testamento es la gran explosión de la hospitalidad, llevada a su cúlmen. Jesús es el Sacramento del Dios que nos acoge, que nos sirve y cura, que restaura nuestra dignidad y nuestra salud, que se identifica con nosotros, que nos lava los pies y muere por nosotros. Merece la pena –por ejemplo- contemplar la figura de Jesús en el evangelio de Lucas, como un auténtico camino de hospitalidad. También Jesús acoge la hospitalidad de los seres humanos: la hospitalidad de María en su seno, de algún fariseo,





de Marta y María, de Zaqueo, etc. La espiritualidad cristiana valora tanto la hospitalidad que reconoce la presencia de Jesús en los pobres, en los encarcelados, en los enfermos, en todos aquellos seres humanos que necesitan de nuestra solidaridad, amor y servicio.

58. La gran parábola cristiana de la hospitalidad es la parábola del buen Samaritano. A la pregunta del jurista, ¿quién es mi prójimo?, responde Jesús narrando la parábola. Uno podría suponer que prójimo era el que había caído en manos de bandidos, la persona necesitada. Pero Jesús distorsiona la cuestión del jurista y pregunta de nuevo: ¿quién de los tres se hizo prójimo? (Lc 10, 36). Lo importante para Jesús no es que existen prójimos, no es que hay personas que conocen las necesidades de los demás, sino que uno puede adquirir el status de prójimo, ejerciendo la misericordia con los necesitados. Por eso, el jurista no tiene que preocuparse de buscar personas en necesidad, sino hacerse prójimo y ejercer la misericordia, como el samaritano. En la parábola se unifican hospitalidad y misericordia.

47

### **c) La hospitalidad en nuestro Padre San Juan de Dios**

59. Juan de Dios hizo de su vida un proyecto, un camino de hospitalidad misericordiosa. Pero dentro de esa gran propuesta antropológica y bíblica, él se sintió llamado a resaltar en su vida la hospitalidad respecto a los más pobres, a los más deteriorados de entre los seres humanos, los enfermos físicos y psíquicos, sin ningún tipo de exclusión o discriminación. Para Juan de Dios la hospitalidad, así entendida, fue la razón de su vida. Fue ese el carisma que recibió con una intensidad impresionante y a veces incomprensible. Acogió a todos, salió al encuentro del otro. Le dio todo lo suyo. Se identificó con el otro. Le entregó su tiempo. Descubrió el carácter sagrado del extraño.

60. Su estilo de hospitalidad era acoger y servir al enfermo como a hermano y prójimo. Su principal cuidado era consolar de palabra y proveer de lo necesario a los pacientes: por la mañana, antes que saliese de casa.... y a la noche, cuando se acogía a casa, por cansado que viniese, nunca se recogía

sin primero visitar a todos los enfermos, uno a uno, y preguntarles cómo les había ido, y cómo estaban y qué habían menester, y con muy amorosas palabras los consolaba en lo espiritual y temporal.<sup>80</sup> Amar al Señor en los pobres y enfermos le daba un gozo que no podía disimular <sup>81</sup>.

48

61. La caridad de Juan fue muy creativa. Lo muestra bien a las claras una de las descripciones de su hospital: Siendo esta casa de carácter general, se reciben en ella generalmente de todas enfermedades y suerte de gentes, así que aquí hay tullidos, mancos, leprosos, mudos, locos, paralíticos, tiñosos y otros muy viejos y muchos niños y, sin estos, otros muchos peregrinos y viandantes que aquí se allegan.<sup>82</sup> Lo había demostrado con su modo de pedir, que convirtió en apostolado, recordando a quien daba que el primer bien de la limosna recae sobre él mismo. Juan de Dios no excluyó a nadie de su amor sin límites. Un amor que, tanto cuando se centraba en los pobres como en los ricos, tenía su origen en el amor de Jesucristo y a Jesucristo, en quien a todos amó como a hermanos y hermanas.

62. La identificación con Cristo hizo de Juan de Dios un buen maestro de misericordia: Dios le concedió un corazón compasivo y profundamente humano. Como Jesús, enseñó más con las obras que con las palabras. No se preocupó de redactar estatutos o normas de funcionamiento; se limitó a vivir el don que lo animaba, a hacer el bien, a orar largas horas durante la noche, a visitar uno a uno a los enfermos y a escuchar a todos con muy gran paciencia, consolando y regalando a cada uno según las necesidades y posibilidades. Como Jesús, vivió, amó y sirvió entregando la vida por

---

80 Castro, p. 62.67-68.

81 ... y un día se acuerda este testigo que entró en su cocina, donde le halló muy alegre y dando con la palma de la mano en el revés de la otra y diciendo un cantar santo. Y este testigo llegó y dijo: «Bueno ha, Padre». Y él respondió: «Quien sirve a Dios, ande alegre». (Tgo. 30. En Gómez Moreno, o.c. p 214).

Muchas veces fue allá y le veía andar entre los enfermos curándolos, poniéndoles la ropa, meneándolos y volviéndolos en la cama abrazándose a ellos, con una boca de risa y con tanto amor y caridad que era cosa que espantaba, que no parecía sino que todos los enfermos los quería meter en las entrañas. (Tgo. 59. En Gómez Moreno, o.c., p. 231-232)

82 2 GL., 5.



todos; como Jesús, dictó un solo mandamiento que iluminaría cuanto más adelante fuera necesario codificar para ayudar a mantener vivo su espíritu en las personas y en las obras de la Orden.<sup>83</sup> Los Hermanos que siguieron su estilo de vida aprendieron de él a acoger, servir y amar a los pobres enfermos con los gestos que le vieron practicar y que luego recogieron en las Constituciones de la Orden, para perpetuar el modelo de hospitalidad heredado del Fundador:

*“Procurarse ha en nuestros Hospitales que el servicio que se hiciere al Señor en sus pobres le sea agradable, para lo cual, (...) antes que lo acuesten en la cama con la caridad que se requiere les será cortado el cabello y las uñas, no siendo dañoso a la salud, y también les lavarán las manos y los pies y, a necesidad, todo el cuerpo, con agua caliente aderezada para este efecto; y hecho esto se le vestirá una camisa limpia y se le pondrá escofieta o paño de cabeza, y limpio de esta manera el enfermo, le acostarán en la cama, la cual estará acomodada de sábanas y almohadas limpias; y si fuere invierno, se le calentarán, y de esta manera se le irán aplicando los remedios corporales”.*<sup>84</sup>

49

## **d) La Hospitalidad en las Constituciones y escritos de la Orden**

63. Razón de ser de la vocación del Hermano de San Juan de Dios es mantener “viva la presencia misericordiosa de Jesús de Nazaret”, encarnando “sus sentimientos hacia el hombre enfermo y necesitado”, para manifestar que “permanece vivo entre los hombres”<sup>85</sup>. Jesús de Nazaret es la “fuente y corona” de nuestra espiritualidad<sup>86</sup>. El Hermano tiene una misión y un ministerio del todo particular: representar a Jesús en el servicio a los enfermos, en la acogida a los pobres y abandonados. Jesús transmitía la paz del Reino a quienes estaban cansados y agobiados, la liberación a quienes se

83 Amad a nuestro Señor Jesucristo sobre todas las cosas del mundo, que por mucho que vos le améis mucho más os ama él. Tened siempre caridad, que donde no hay caridad no hay Dios, aunque Dios en todo lugar está. (LB. 15)

84 Const. 1587, cap. 17. o.c., p. 95.

85 Const. 2 c.; 3 a; 5 a.

86 Cf. GS. 22; Const. 20.

sentían oprimidos por el mal, por las enfermedades, la serenidad a quienes se encontraban turbados.

64. Objetivo del texto de las Constituciones es ofrecer un marco de espiritualidad nueva para la Orden en tiempos nuevos. La Orden entiende que sin conversión y serio compromiso espiritual no se puede llevar adelante la renovación pedida por el Concilio<sup>87</sup>. En su proceso de renovación la Orden se ha planteado varias opciones:

**La humanización de la asistencia:** la finalidad primera de la Orden consiste en defender la dignidad del ser humano enfermo (Const. 10d; 12c; 23a; 28b; 43d)<sup>88</sup>. El apostolado hospitalario se identifica de este modo con la humanización. Se descubre, al mismo tiempo, la necesidad de humanizar la vida religiosa y de potenciar los aspectos humanizadores en los Hermanos: “curarse a sí mismos, mientras curan a los demás”. Sin atención a lo humano se pierde el sentido mismo del carisma de siervos de la hospitalidad.

50

Objetivo de la vocación hospitalaria es entrar en Alianza con el ser humano que sufre, que es la forma de expresar carismáticamente la Alianza con Dios.

Consiste, además, en crear lazos de hermandad. Juan de Dios se sintió el hermano de todos: del más pobre de los pobres hasta del Príncipe Felipe<sup>89</sup>. Crear lazos de hermandad es característica que debe distinguir al Hermano, comenzando por sentirse hermano de quien sufre y de cuantos comparten

---

87 “La renovación tiene dos aspectos fundamentales: en primer lugar, trata de eliminar las debilidades de nuestra vida y de abatir esas barreras que obstaculizan nuestra comunión fraterna; en segundo lugar, se esfuerza por descubrir también nuestros “puntos fuertes”, esos puntos fuertes que ayudan a alcanzar una unión semejante a la que existe entre el Padre y el Hijo.” (P. Marchesi, *Las bases de una renovación*, Roma, 1978, p. 18).

88 “...somos conscientes de que la necesidad fundamental del hombre no es la economía, sino la de ser reconocido como persona digna por sí misma; digna de recibir cuidado, atención y amor, más allá de las diferencias de cultura, de institución, de clase social, de religión, de raza, etc. ( P. Marchesi, *La Humanización*, Madrid 1981, p. 18)

89 Llegado que fue a la corte, el Conde de Tendilla y otros señores que lo conocían, dieron noticias de él al Rey, y le informaron de las cosas de Ioan de Dios y le metieron en palacio, donde le habló y dijo de esta manera: Señor, yo acostumbro llamar a todos hermanos en Jesucristo. (Castro, o.c., p. 76)



con él el ministerio de la hospitalidad (45b; 46b.c; 23), profesionales, voluntarios y bienhechores, con los que está llamado a vivir una Alianza en favor del servicio y promoción de la vida.<sup>90</sup>

La hospitalidad debe ser comprendida desde la opción preferencial por los pobres y la humanización (Const. 5a)<sup>91</sup> del servicio al enfermo y a los necesitados en general.

## 4. Repensar la Misericordia y Hospitalidad en nuestro tiempo: la relación con lo extraño

### a) La relación con “lo extraño”

65. Los fenómenos de la hospitalidad y de la misericordia nos hablan de la relación del ser humano con el próximo, el hermano, y con “lo extraño”. Esa realidad extraña puede ser el amigo (¡comunidad!) o el enemigo (¡hospitalidad!), el extranjero que nos asombra, o nuestro mismo cuerpo como un escenario del padecer, o la enajenación de los resultados de nuestras propias acciones (cf. Rom 7). El encuentro con el “otro”, el “amigo”, el “enemigo”, el “extranjero”, el “extraño” puede provocar distintas reacciones: alegría, acogida, solidaridad, irritación, miedo, curiosidad, interés por lo exótico. Lo desconocido del otro produce miedo; aparece como amena-

51

90 Cf. Orden Hospitalaria de San Juan de Dios, Hermanos y Colaboradores, unidos para servir y promover la vida.

91 En los años 80, bajo el espíritu del movimiento de humanización, la Orden buscaba cómo reorganizar su misión en favor de las viejas y nuevas necesidades de la humanidad. Es interesante notar cómo concluyó sus trabajos la Asamblea de Provinciales, celebrada en 1981: “Nuestra Asamblea reafirma su esperanza y compromiso en la continua renovación de la Orden. Estamos convencidos de que ésta sólo se puede conseguir si todos los miembros del Instituto vivimos en constante actitud de conversión a las exigencias que implica nuestra consagración a Dios como religiosos hospitalarios y nos esforzamos en traducir las actitudes en respuestas concretas a las esperanzas que han puesto en nosotros la Iglesia y la sociedad. Teniendo en cuenta que el mundo está viviendo un momento importante de su historia, en el que los valores fundamentales de la persona se reivindican y son violados, a un tiempo, asumimos el compromiso particular que comporta el carisma de la Orden, como urgencia a defender y promover el respeto de la dignidad humana. Esto nos ha llevado al convencimiento de que la Humanización, entendida en el sentido que adquiere en la persona de Jesús de Nazaret, constituye, en este momento histórico que vivimos, el vínculo unificante e integrador que puede ayudarnos a traducir en hechos de vida el proceso de renovación”. (P. Marchesi, o.c., p. 91-92)

zador y fascinante al mismo tiempo: amenaza porque entra en competitividad con lo propio; fascina porque lo extraño despierta posibilidades hasta ahora inéditas en la propia vida.

52

66. Lo extraño es siempre aquello que aparece fuera del ámbito propio, del propio espacio, lo que pertenece a otro. Es aquello que se nos opone, lo incomprendible, lo insólito, lo heterogéneo, lo no disponible. La realidad aparece como extraña cuando está relacionada con “lo mío”, “lo propio”; para que algo pueda ser definido como extraño o propio, es necesario que se reconozca la relación entre ambos términos; por eso, lo extraño es tal cuando en cierta medida nos pertenece: reconocemos lo propio desde lo extraño y lo extraño desde lo propio. Por eso, el huésped no es el viajero que viene y se va, sino el viajero que viene y se queda; pero se queda interinamente. El huésped ocupa un espacio fronterizo. También el anfitrión que lo atiende. El espacio que ocupan no es el suyo propio.

67. Lo extraño es también, y sobre todo, aquello que aparece fuera de nuestro propio tiempo. Cada persona vive “su” tiempo. Podemos hablar de los otros como “otros tiempos”, otros ritmos. Convivir significa, por eso, acompañar tiempos y ritmos, armonizar el tiempo de los demás con mi propio tiempo. La hospitalidad resulta una cuestión estrechamente vinculada al respeto del tiempo de los demás y no tanto, o solo, un respeto de sus ámbitos espaciales. Considerado desde la propia temporalidad, el otro es generalmente un inoportuno, alguien que tiende de manera molesta a adelantar o retrasar. Los otros son los más lentos o los más rápidos que nosotros, los que habitan una temporalidad que, por las razones que sean, nos resulta extraña o nos parece impropia. Los verdaderamente extraños no son los que viven lejos, sino los que viven en otro tiempo. El marginado no está en la periferia espacial, sino que vive literalmente en otro tiempo. Por eso, la hospitalidad tiene mucho que ver con la capacidad de “perder el tiempo”, o de “dedicar el propio tiempo”.



68. Lo extraño –sea espacial, sea temporal- es siempre aquello que nos interpela, aquello que nos ocurre de forma imprevisible, inagotable. Requiere nuestra respuesta. No responder a lo extraño es también una forma de respuesta: se neutralizan así las preguntas futuras, uno se protege contra un futuro imprevisible. Lo extraño puede poner en crisis la propia identidad. En eso consiste su gracia y su riesgo. La experiencia cultural de lo extraño supone siempre una confrontación con las posibles alternativas de la propia vida y provoca una puesta a prueba de lo propio. Lo extraño es una reserva para enriquecer y corregir la limitación de las propias posiciones. Durkheim decía -en este sentido- que la calidad moral de una cultura se mide por su relación con lo extraño. Aquello a lo que respondemos sobrepasa siempre a aquello que ofrecemos como respuesta.

### **b) Aprendizaje de la hospitalidad y la misericordia**

69. La hospitalidad así entendida, y la misericordia como amor y no violencia, nos muestran verdades fundamentales del ser humano. La persona se descubre a sí misma saliendo al encuentro de otras personas. El descubrimiento de sí es un acto intersubjetivo. Conocemos nuestros derechos y deberes en la medida en que salimos al encuentro del otro. Descubrirse como huésped o anfitrión, como quien es acogido o como quien ofrece, es descubrir una identidad que da origen a obligaciones y responsabilidades. Los individuos se constituyen como personas solamente a través de la perspectiva aprobadora o recriminadora de otros.

70. Es sabio aquel aforismo de Merleau-Ponty: “aprender a considerar lo propio como extraño, y lo extraño como propio”. Esto se consigue aprendiendo a ejercer un tipo de hospitalidad y de misericordia que no sea avasalladora, ni indiferente, que sea capaz de habitar con lo heterogéneo y sepa sobrellevar la contingencia propia y ajena. Se aprende la hospitalidad y la misericordia, acostumbándose a interesarse por lo extraño, a respetarlo y a tratar de hacerse cargo de sus peculiaridades.

### c) En misión de misericordia y hospitalidad “hoy”

71. En las condiciones actuales de la vida, la movilidad es muy fácil y la experiencia de lo extraño se hace cada vez más frecuente en la existencia de los seres humanos. La ola de inmigraciones y emigraciones es poderosísima. Nos encontramos en la sociedad del movimiento, de la globalización. Vivimos en sociedades multiculturales, que nos hacen descubrir y sentir el pluralismo. Se nos pide tolerancia con lo diverso, con lo extraño. Esta situación nos hace ver que ya no hay bloques compactos, homogéneos, que ya no hay realidades totalmente definidas y delimitadas; nos sorprendemos al constatar cómo lo propio se hace extraño y lo inicialmente extraño pasa al ámbito de lo propio. Las sociedades complejas exigen una mayor sensibilidad para atender a las exclusiones que la afirmación excesiva de la identidad o cualquier orden social origina. En la sociedad contemporánea tiene lugar una pérdida de gravedad de los sujetos. Éstos se encuentran menos vinculados que antes a la pesadez de un territorio; son menos controlables; viven más sueltos e interdependientes. Nos encontramos en un escenario en el que tiene poco sentido insistir en la identidad como si fuera algo definido y definitivo. Hoy aceptamos mejor hablar de “identidad compleja” (Amin Maalouf). Es a partir de lo extraño como se comprende mejor lo propio.

54

72. Las situaciones perversas de nuestro mundo son de sobra conocidas. El número de pobres y marginados no disminuye, sino que crece, a pesar de las nuevas tecnologías y los procesos de globalización. La concepción sagrada del ser humano cede ante los ídolos a los cuales las sociedades modernas se postran y a los cuales rinden culto. La educación que la sociedad (medios de comunicación, ambiente socio-económico) ofrece a las nuevas generaciones, no pone de relieve el valor de la hospitalidad, sino que más bien privilegia el individualismo, la visión materialista y hedonista de la vida. Esa mentalidad no detiene –ni está capacitada para ello– fenómenos perversos como el consumo y el tráfico de drogas, la pornografía y desorden amoroso con la consiguiente pérdida de dignidad de la sexualidad humana, el crecimiento de la pobreza y de la injusticia, el surgimiento de tantas y nuevas enfermedades





como aqueja a millones de seres humanos. Con la degradación de la humanidad va unida también la degradación ecológica (agua -zonas costeras, recursos marinos a causa de las actividades industriales mineras-, polución del aire -industrias textiles, alimenticias y de bebidas, refinéras petrolíferas...-, manipulación genética), la degradación ambiente (saqueo de la naturaleza, el agotamiento de los recursos, la amenaza de un desequilibrio ecológico).

73. Nuestra capacidad de hospitalidad se ve terriblemente desafiada por la explosión demográfica. Cada día aumenta la humanidad en 220.000 personas que nacen. El rápido crecimiento de la población hace surgir nuevos desafíos: desarraigos de las familias, urbanización, insostenible explotación de los recursos disponibles y accesibles para llegar a las grandes necesidades de la población. Parece que en no pocos lugares y personas la humanidad ha perdido el sentido de la sacralidad de la vida: guerras fratricidas, violencia contra las mujeres indefensas, explotación de niños inocentes, el capitalismo inhumano que amplía cada vez más el abismo entre ricos y pobres. Hay un gran desnivel entre un 30% de seres humanos que viven en la opulencia material y un 70% condenado a persistir en la pobreza y en la privación de los elementos básicos de la vida; también están amenazadas las culturas de los pobres por falta de recursos y la seducción de los modelos ajenos del desarrollo material.

74. Las actitudes de acogida y reconocimiento, de servicio y de solidaridad (¡hospitalidad!) de nuestros contemporáneos manifiestan todo su esplendor en múltiples instituciones e iniciativas: voluntariados, ONGs, instituciones sociales del más variado tipo, ejércitos de paz, movimientos a favor de la justicia, de la ecología, de la dignidad humana, rechazo de todo tipo de xenofobia, etc. También hay muchos pueblos en la tierra que conservan sus preciosas tradiciones de hospitalidad, como uno de los valores más apreciados. Es verdad, por otra parte, que en estos pueblos el valor de la hospitalidad está en un cierto declive a causa del valor -todavía más fundamental- de la seguridad; la inseguridad a causa de la violencia, las guerras,

los crímenes, el terrorismo, es tan amenazante, que los valores tradicionales de hospitalidad se ven muy resentidos. Dentro de todo ese entramado de gracia está presente, con toda su tradición, la Orden de los Hermanos de san Juan de Dios. Ella quiere estar a la altura de los tiempos y responder con nuevo vigor a su vocación específica, ofreciendo ámbitos en los que la organización, la profesionalidad, la técnica y la humanización se conjugan y armonizan con actitudes y gestos de acogida, servicio, solidaridad y sanación del sufrimiento físico y moral.



### III. El itinerario espiritual - Recorrer “hoy” el camino de Juan de Dios

#### 1. La espiritualidad hoy

75. Hay en la Iglesia, -¡y también en nuestro mundo!-, una profunda sed de espiritualidad. Ante el sin sentido, ante la acumulación de problemas que nos parecen insolubles, ante el vértigo de la era del movimiento, sentimos toda la necesidad de conectar con el Misterio, con el Espíritu que da estabilidad y razón de ser. Estamos sedientos de espiritualidad. La misma Iglesia ha canalizado esta sed a través de diversas propuestas de espiritualidad.

76. Asistimos hoy a una especie de globalización o mundialización de la espiritualidad. El diálogo interreligioso ha producido estupendos resultados en este campo. Pero al mismo tiempo, se está reivindicando el aspecto más local de la espiritualidad. Por eso, se está diseñando una espiritualidad con rasgos africanos, o asiáticos, o americanos o europeos... A comienzos de un nuevo siglo, entendemos la espiritualidad de un modo más integral. La espiritualidad tiene que ver con el cuerpo y el alma, el individuo y la comunidad o sociedad, lo local y lo mundial, lo religioso particular y lo religioso ecuménico... Lo mismo acontece en nuestra Orden. Hay en ella una espiritualidad globalizada, que responde al don recibido, pero al mismo tiempo, nuestra espiritualidad peculiar adquiere rasgos particulares y locales en las diferentes zonas de la tierra.

77. Entendemos la espiritualidad como proceso, camino. En ella distinguimos etapas. Nuestras Constituciones nos muestran la meta. Se hace necesario encontrar el camino para llegar a ella, el método de espiritualidad más adecuado. El Espíritu es nuestro “maestro interior”; nos conduce a la perfección del Amor, de la Alianza, de la unión con Dios, con los demás y con el cosmos. En esta vida nunca llegamos a la meta y, por eso, son elocuentes

las palabras de Gregorio de Nisa en su "vida de Moisés":

*"Pararse en la carrera hacia la virtud es el principio de la carrera hacia el vicio. Todo lo que se encuentra enmarcado en unos límites no es virtud. Con respecto a la virtud el único límite de la perfección consiste en no tener límite.. El apóstol, corriendo siempre por el camino de la virtud, jamás cesó de tender hacia delante, pues le parecía peligroso detenerse en la carrera... quizá la perfección de la naturaleza humana consista en estar siempre dispuestos a conseguir un mayor bien".*

78. La Iglesia nos presenta a los religiosos esta misma perspectiva en su documento "Caminar desde Cristo", donde constata que:

*"Hasta en la simple cotidianeidad, la vida consagrada crece en progresiva maduración para convertirse en anuncio de un modo de vivir alternativo al del mundo y al de la cultura dominante.... Además de la presencia activa de nuevas generaciones de personas consagradas que hacen viva la presencia de Cristo en el mundo y el esplendor de los carismas eclesiales, es particularmente significativa la presencia escondida y fecunda de consagrados y consagradas que conocen la ancianidad, la soledad, la enfermedad y el sufrimiento. Al servicio ya ofrecido y a la sabiduría que pueden compartir con otros, añaden la propia preciosa contribución uniéndose con su oblación al Cristo paciente y glorificado en favor de su Cuerpo que es la Iglesia (cf. Col 1, 24)" (Caminar desde Cristo, n.6<sup>92</sup>).*

58

## 2. El paradigma o modelo de nuestro camino espiritual

79. "El origen de nuestra hospitalidad está en la vida de Jesús de Nazaret" (Const. 20), a quien imitó fielmente nuestro Fundador San Juan de Dios, dedicándose por entero al servicio y salvación de los pobres y enfermos (Const. 1a). Ahora Juan de Dios somos nosotros: compartimos su don, su

---

92 Cf. también el n.10; "Es éste un tiempo en que el Espíritu irrumpe, abriendo nuevas posibilidades. La dimensión carismática de las diversas formas de vida consagrada, siempre en camino y nunca completada, prepara en la Iglesia, en comunión con el Paráclito, la llegada de Aquél que debe venir, de Aquél que es ya el porvenir de la humanidad en camino". Ver además los números 18, 21, etc. No olvidemos que este documento se basa en la imagen del "camino".



fe, su sensibilidad ante el sufrimiento humano, su entrega incondicional en el servicio, su humildad y creatividad caritativa<sup>93</sup>. Su itinerario espiritual es la propuesta pedagógica que el Espíritu Santo nos ofrece para desarrollar en nosotros el carisma de la hospitalidad. También nosotros, como él, somos personas en camino, andariegos y peregrinos en medio de un mundo globalizado y enormemente complejo. Su peregrinación interior, su camino espiritual hacia la cumbre del descenso, hacia la miseria humana, son para nosotros la mejor propuesta de espiritualidad de misión y de comunión (Const. 5): ¡casa y escuela de espiritualidad!.

80. Las etapas que Juan de Dios recorrió -“vacío – llamada - alteración - identificación”- nos indican cuáles son también las etapas de nuestro camino. Las entendemos, no como etapas lineales y sucesivas, sino en espiral, pues se reproducen en cada una de las edades de nuestra vida. Juan de Dios se convierte para nosotros en símbolo de un camino que nos lleva de vaciamiento (kénosis) en vaciamiento y de vaciamiento en servicio hasta la muerte (cf. Fil 2, 6-11).

59

### **a) Experiencias del vacío: desinstalación para “nacer de nuevo”**

81. En todo itinerario se sale de un lugar para llegar a otro. La salida implica desinstalación: aquello que era nuestro estado normal de vida, nuestro territorio vital, comienza a perder sentido. Nos sentimos como extranjeros en la propia casa. Así comienza el proceso que marca el inicio de un camino, que muchas veces no sabemos a dónde nos llevará. Somos Juan de Dios y, como él, hemos sentido la vaciedad de las cosas de este mundo; con él hacemos la experiencia de la desinstalación.

82. Esta experiencia queda magistralmente reflejada en la figura bíblica de Moisés y el Pueblo. En un primer momento, Moisés afrontaba la vida con la sabiduría de los egipcios. Paso a paso, tras un largo itinerario por el desierto,

---

93 Cf. GOBIERNO GENERAL, Juan de Dios sigue vivo, Madrid, 1991, p. 12-13.

descubrió que quien conducía su vida y la del Pueblo era Yahweh. Renunció por ello a las seguridades inmediatas y a los falsos dioses y aceptó en su vida la iniciativa del Dios único que urge a levantar la tienda, a caminar superando obstáculos y barreras: barreras mentales y de sentimientos (miedo, tendencia al desaliento, rechazo al esfuerzo que exige la conquista del futuro prometido), que son más fuertes y violentas que el desierto y los ríos.

60

83. El camino espiritual se inicia con una primera experiencia de la limitación del mundo, de la vida. Se siente, por gracia de Dios, la contingencia de todo -¡nada de lo que vemos es absolutamente necesario!-. Uno busca el sentido de la vida, de la historia y sólo encuentra respuestas parciales o contradictorias. Lo que más prometedor parece, después defrauda. Las carencias afectivas, la frustración, las decepciones y los fracasos (familia, amistades, estudio, proyectos...), nos inducen a plantearnos las preguntas sobre la consistencia de los valores que priman en la sociedad y a buscar los que pueden dar sentido a la vida. Aun el éxito mayor puede resultar insuficiente para el ansia del corazón humano: "nos hiciste, Señor, para ti e inquieto estará nuestro corazón hasta que no descanse en ti" (San Agustín). Y, sobre todo, Jesús nos dice: "¿De qué le sirve a un hombre ganar todo el mundo, si al fin pierde su vida o se arruina?" (Lc 9,25). La experiencia de la llamada, de la vocación suele ser el primer paso, hacia un cambio de vida. La voz de Dios es poderosa y silencia otras voces; invita a ir "más allá" y suscita la añoranza de algo distinto.

84. En diversas ocasiones, a lo largo de la vida, emerge o puede surgir esta experiencia. Son aquellos momentos en que uno necesita "nacer de nuevo", porque ha tenido grandes fracasos, interiores o exteriores. Suelen ser momentos caóticos, dentro de la vida, experiencias de muerte que parecen "cerrar" todo camino de futuro. La experiencia del vacío puede conducir al desaliento, a la aceptación pasiva de la realidad, a dejarse llevar por la vida en vez de conducirla y vivirla; puede, también, ser la señal de alarma para volver a retomar la propia existencia con las dos manos y dejar que resue-



nen en el alma las cuestiones y los estímulos que, aunque silentes, estaban vivos<sup>94</sup>. La experiencia del vacío, acogida, resistida, no superficialmente mitigada, permitirá la gracia de una recreación y restauración interior.

85. Corresponde esta etapa a lo que Teresa de Jesús denomina las dos primeras moradas, o Juan de la Cruz el inicio de la subida al monte Carmelo. San Juan de Dios nos las describe como una experiencia de muerte dentro de un mundo de muerte y sin salida. Corresponde también a los primeros pasos en la vida espiritual que Juan de Ávila –maestro espiritual de nuestro Padre San Juan de Dios- describe como la etapa de la des-escucha del lenguaje del mundo, demonio y carne (“Audi, filia”, I A).

### **b) La “llamada” y las llamadas a lo largo de la vida: “¡Escucha, hijo!”**

86. Cuando la persona renuncia a vivir desde sí misma, descubre un misterioso designio sobre su propia vida. Entonces es capaz de escuchar la voz de Dios y de experimentar la energía del Espíritu que la conduce y guía hacia “lo desconocido”. La experiencia vocacional ha sido comparada con una “seducción” o una “atracción irresistible”. Jesús, el Hijo de Dios, nos sale al encuentro, nos corta el camino y nos invita a cambiar de pista y seguirlo.

87. La llamada sucede, en un primer momento, casi de modo imperceptible. Los acontecimientos felices o los momentos de desaliento, sucesivos a la experiencia de frustraciones o desilusiones, son lenguaje de Dios. Lo cierto es que la voz de Dios, en un momento concreto, resuena en lo hondo de la persona y remueve estratos que le permiten ponerse en sintonía con ella: “escucha, hijo, inclina tu oído”. Se experimenta, por vía de contraste o de coincidencia con las aspiraciones más profundas, la seducción de un modo

94 Así sucedió a Juan de Dios: al sentirse sin auténticas raíces humanas, se avivó en él la llamada que, ya desde Oropesa, lo invitaba a dejar de pastorear rebaños y cuidar los caballos del Conde para dedicarse a servir al Señor “fuera de su natural”, pues “le daba gran dolor, cuando... veía en la caballeriza los caballos gordos y lucios y bien encubertados, y los pobres flacos y desnudos y mal tratados; y él entre sí decía: Y cómo, loan, ¿no será mejor que entiendas en curar y apacentar los pobres de Iesu Cristo, que no bestias del campo? (CASTRO, p. 36-37).

de vivir y manifestar Jesús de Nazaret su amor al Padre y a sus hermanos los hombres. Se experimenta la urgencia de cambiar el estilo de vida, de romper con el monótono y repetitivo cristianismo de prácticas sin mayores complicaciones, en las que se buscaba, casi siempre de manera inconsciente, ganarse la benevolencia de Dios.

88. La seducción del Misterio no se realiza siempre en ámbitos de pura transcendencia, de aislamiento y oración íntima con Dios. Esta seducción acaece con frecuencia, como en la vida de Juan de Dios, en el encuentro con los crucificados del mundo, con los marginados y despreciados. En ellos se descubre el rostro de Dios y la llamada de Dios se hace en ellos o ellas ineludible, profundamente interpelante. En el rostro de los deformados, se descubre la presencia del Transfigurado.

62 89. La llamada, la vocación es una etapa en la que se hace necesario el discernimiento, el acompañamiento espiritual, la respuesta a no pocas preguntas. Los maestros espirituales nos hablan del “inicio del camino”, o de las terceras moradas. Aquí se hace necesario, todavía, un gran esfuerzo ascético que permita reajustar la propia vida a aquello que Dios nos propone.

90. A lo largo de la vida acontecen “nuevas llamadas” que profundizan y dan solidez a la primera. Son aquellos momentos en que descubrimos una nueva orientación, en que nos sentimos llamados a cambiar de mentalidad (meta-noia), en que sentimos la necesidad interior de ser enviados a nuevas fronteras de misión. Responder a la llamada de Dios en tales circunstancias es tan vital como responder al inicio. Si no hay respuesta, el camino espiritual se bloquea.

91. La puerta de entrada en el camino espiritual es, ciertamente, la vocación, pero acompañada de la respuesta. La respuesta se expresa, ante todo, en la oración y en la humilde obediencia y servicio. San Juan de Ávila pedía “oír la primera Palabra... solo Dios que es suma Verdad” (Audi, Filia, I, B) 1.), “por la fe” (Audi, Filia, I. B),2.).





### c) Alteración y Consagración

92. Quien se sabe llamado por Dios al estilo de Juan de Dios y le responde, se experimenta a sí mismo como paciente de una misteriosa y progresiva transformación interior, como alterado y consagrado, habilitado por el Espíritu para una forma de vida en despojo, desnudez y vaciamiento de sí.

93. Como a Juan de Dios, Dios nos habla en los gritos de la humanidad que sufre por enfermedad, pobreza e injusticia. Se despierta y potencia en nosotros el amor compasivo y misericordioso, la acogida, la benevolencia, el sentido de solidaridad y de fraternidad. Se transforma, así, la escala de valores que hasta ese momento definía nuestra vida. Al consagrarnos en Hospitalidad, el Espíritu Santo nos hace capaces de manifestar en nuestra vida el amor especial del Padre a quienes sufren y de continuar en el tiempo el estilo de vida de Jesús de Nazaret, viviendo en castidad, pobreza y hospitalidad, cooperando en la misión de la Iglesia, sirviendo a Dios en el hombre que sufre. (Const.1d; 2b; 7b).

94. Esta acción transformadora del Espíritu es celebrada y acogida en la celebración litúrgica de nuestra Profesión religiosa (Cf. ET. 47; Const. 9a). En ella reconocemos que Dios nos va consagrando a través de los múltiples acontecimientos de la vida.

95. No basta participar en actos de consagración; es necesario dejarse consagrar. Cuando esto sucede, Dios hace todo lo demás. Se entra en una etapa mística en la que Dios, por medio de Jesús y del Espíritu, se torna el gran protagonista de la vida de su elegido. Los maestros espirituales definen esta etapa como las cuartas moradas, como del tránsito de una etapa ascética a otra más mística. Juan de Dios no vivió esta etapa en un aislamiento contemplativo, sino en la contemplación mística dentro de la acción caritativa, misericordiosa y hospitalaria. Se sintió ungido por el Espíritu en su contacto con la miseria humana. Ese es también nuestro camino de consagración continuada. San Juan de Ávila enseñaba cómo la escucha de la voz de Dios

introducía al creyente en una nueva visión y en una inclinación ante la voluntad de Dios, que le llevaba a salir y olvidarse de este mundo malo y aun de la casa paterna (Audi, Filia, II-V).

#### **d) Identificación mística con Jesús pobre, marginado y sufriente**

96. Nunca concluye en esta vida el camino en el Espíritu, que tiene como objetivo la identificación total con el Señor. Las últimas etapas nos sitúan ante una transformación o transfiguración cada vez mayor que bien puede ser descrita como “desposorio místico”, auténtica simbiosis: “No soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí” (Gal, 2,20). El Espíritu se manifiesta y actúa en nosotros como Hospitalidad; nos configura con el Cristo compasivo y misericordioso del Evangelio, para mantener viva en el tiempo su presencia misericordiosa. (Const. 2)

64 97. Estas últimas etapas de la vida espiritual son las que nos permiten descubrir las potencialidades secretas de nuestra vida, que superan toda imaginación y deseo. Quien renuncia a ser llevado hasta aquí, se está frustrando. Estas últimas etapas son llamadas por los Maestros Espirituales “últimas moradas”, o “llegada a la cumbre del Monte” o la ocasión en que Dios se siente cautivado por el alma del creyente (Audi, Filia, VI).

### **3. Partícipes del camino del pueblo de Dios**

98. Nuestro camino espiritual carismático, comunitario y personal, está situado en el gran Camino espiritual del Pueblo de Dios, de la Iglesia. Donde aparece de una manera paradigmática, ejemplar y pedagógica, el camino espiritual de la Iglesia es en el ciclo sacramental y litúrgico. Ese es también nuestro camino. El ciclo litúrgico-sacramental del Año Litúrgico es el gran contexto de nuestro camino espiritual. A lo largo de el entramos en contacto con todo el mensaje revelado. La lectura continua que nos propone la madre Iglesia día tras día, semana tras semana, es el mejor alimento espiritual, el mejor guía en los caminos del Espíritu.

99. Nos dijo el Concilio Vaticano II que “la liturgia es la cumbre a la cual tien-



de toda nuestra actividad y, al mismo tiempo, la fuente de donde dimana toda su fuerza [...], pues de la liturgia, sobre todo de la Eucaristía, mana hacia nosotros la gracia como de su fuente y se obtiene con la máxima eficacia aquella santificación de los hombres en Cristo y aquella glorificación de Dios a la cual las demás obras de la Iglesia tienden como a su fin"<sup>95</sup>. Por eso, la celebración diaria de la Eucaristía, en el contexto del ciclo litúrgico: nos incorpora al sacrificio de Jesús y al culto que Él ofrece al Padre (Const. 7c); expresa y realiza nuestra misión como familia hospitalaria<sup>96</sup>; el amor de Jesús, presente en la Eucaristía, renueva nuestro espíritu hospitalario (Const. 30); la reserva eucarística y la presencia de Jesús en nuestros sagrarios convierte a nuestras comunidades en auténticas escuelas de hospitalidad<sup>97</sup>. Nuestra hospitalidad eucarística es la fuente de nuestra hospitalidad carismática. Y nuestra hospitalidad carismática potencia y vivifica la hospitalidad eucarística, que expresamos en la celebración diaria de la Eucaristía y en la acogida orante de la presencia real del Señor en nuestros oratorios.

65

100. En los tiempos penitenciales de la Iglesia, así como las celebraciones comunitarias y personales de la Reconciliación, celebramos la Misericordia de Dios, reconocemos nuestra colaboración y participación en el mal, nos abrimos a Dios y a la Comunidad y acogemos la gracia transformadora. El Sacramento de la Reconciliación es central en nuestra espiritualidad que practica la misericordia y la acogida incondicional y hospitalaria del otro.

101. El Sacramento de la Unción de los Enfermos ha tenido siempre un lugar

---

95 S.C. 10

96 En la Eucaristía, efectivamente, el Señor Jesús nos asocia a sí en la propia oferta pascual al Padre: ofrecemos y somos ofrecidos. La misma consagración religiosa asume una estructura eucarística: es total oblación de sí estrechamente asociada al sacrificio eucarístico. Aquí se concentran todas las formas de oración, viene proclamada y acogida la Palabra de Dios, somos interpelados sobre la relación con Dios, con los hermanos, con todos los hombres: es el sacramento de la filiación, de la fraternidad y de la misión. Sacramento de unidad con Cristo, la Eucaristía es contemporáneamente sacramento de la unidad eclesial y de la unidad de la comunidad de consagrados. ( Caminar desde Cristo, n. 21)

97 La "permanente disponibilidad (de Jesús) para ser fortaleza, consuelo y viático de los enfermos, nos estimula a perseverar junto al hombre que sufre, acompañándolo en su dolor y soledad". (Const. 30c)

privilegiado en el servicio pastoral y espiritual a los enfermos. Juan de Dios lo procuró con gran solicitud; la tradición de la Orden lo ha mantenido como manifestación de verdadero amor a los enfermos. La madre Iglesia nos ofrece la posibilidad de celebrar la cercanía misericordiosa y transformadora de Jesús a través del Sacramento de la Unción de los Enfermos. La celebración comunitaria de este Sacramento -bien como sujetos de la celebración o como comunidad celebrante- nos hace experimentar la presencia real y sanadora de nuestro Señor Jesús junto al mundo del dolor y la enfermedad. Participar en la oración y unción de la Iglesia a favor de los enfermos es uno de los momentos más cualificados para nuestro crecimiento espiritual, como hermanos Hospitalarios.

66

102. La Liturgia de las Horas, en la que participamos regularmente, nos une intensamente al camino del Pueblo de Dios. La oración de los salmos, la escucha de la Palabra, más eficaz que una espada de doble filo, guía nuestra vida por el camino del Señor, de manera infalible. Por eso, no queremos prescindir de ese ritmo vital. Cuando participamos en la oración de la Iglesia entramos también en comunión con la humanidad, en especial con los hombres y mujeres que sufren -la Iglesia del dolor-. Es importante que renovemos la conciencia de esta dimensión de nuestra espiritualidad: somos voz que bendice, alaba, da gracias y suplica al Dios de la vida y Padre de la misericordia, en nombre de quienes están imposibilitados para hacerlo personalmente o no han experimentado la dicha de su filiación divina.

## **4. Partícipes del Camino de espiritualidad de la Orden y sus comunidades**

### **a) Transmisión carismática**

103. Nuestro camino espiritual es el Camino de la Orden y de las comunidades en las que nos integramos. La espiritualidad acontece a través de procesos de transmisión, de contagio, de comunión. Por eso es tan importante la comunidad, la Orden (del presente y del pasado) como escuela de espiritualidad de la hospitalidad. El carisma de la hospitalidad lo recibimos en una comunidad de Hermanos, reunidos por el Señor Jesús para que caminemos



juntos hacia el Padre y hagamos presente el Reino en el mundo de la Salud y de la Asistencia (Const. 26 a). Entrar en la comunidad de la Orden es integrarse en una gran tradición espiritual y comprometerse en fidelidad creadora con ella, para que el Espíritu avive, por medio de nosotros, el don de la hospitalidad en quienes son portadores del mismo.

104. Los Hermanos y aquellos organismos más antiguos adquieren, en este contexto, un nuevo relieve. Ellos son los testigos, los ministros de la tradición espiritual. El contacto con ellos es vivificante. Su presencia e influjo es especialmente importante en aquellos lugares en que, debido a la juventud de los Hermanos, existe el peligro de desconectarse de los orígenes. Cabe a los Hermanos más antiguos y a los Hermanos formados en el seno de la Gran Tradición, ejercer una función de paternidad carismática.

## **b) El amor fraterno**

105. Como Juan de Dios, estamos llamados a establecer lazos de fraternidad. Uno de los frutos más negativos de la secularización ambiental es la pérdida de identidad social del religioso en nuestra sociedad. Somos marginados sociales, en el sentido de que la sociedad ya no reconoce nuestro rol en cuanto consagrados. La persona necesita sentirse encajada, aceptada socialmente. La respuesta a este déficit es encontrar un grupo de pertenencia, de fuertes relaciones primarias, donde encontrar el apoyo social para reforzar la propia identidad. Nuestro lugar de referencia por excelencia, para encontrar el sentido de nuestra identidad, es la comunidad en que vivimos. Mas, si a causa del individualismo espiritual, la comunidad no ofrece apoyo a esa razón profunda, vocacional, de nuestra existencia como consagrados, no es extraño que haya quien lo busque fuera, o privatice esta dimensión, y trate de identificarse socialmente por la actividad que desempeña (enfermero, trabajador social, etc.), reduciendo la pertenencia comunitaria a la tarea que realiza, identificándose no por lo que es, sino por lo que hace.

106. El don de la hospitalidad nos capacita para vivir y manifestar las actitu-

des de acogida, comprensión, benevolencia y servicio, en primer lugar, en el seno de la propia comunidad (Const. 36b). La misericordia experimentada nos anima a valorar a los otros Hermanos como depositarios del mismo don y a desarrollar los lazos de comunión que el Espíritu ha establecido entre nosotros y para ser signo y testigos de que las diferencias de edad, cultura y étnia se relativizan cuando la relación se establece desde los valores que apoyan la convivencia humana: la valoración y aceptación del otro por lo que es.

68

107. El sentido de signo de la fraternidad en comunión conserva toda la actualidad y el vigor que deseó Jesús: es una invitación a creer en Él como el enviado del Padre y señal de que somos sus discípulos (cf. Jn 13, 35; 17, 21; Const. 26b). La posibilidad de ser signo para la sociedad está sobre todo en la capacidad de comunión entre los Hermanos, en el amor fraterno. Éste siempre es percibido como valor evangélico: "la comunión fraterna, antes de ser instrumento para una determinada misión, es espacio teologal en el que se puede experimentar la presencia mística del Señor resucitado". (cf. Mt 18,20; VC 42).

### **c) Compartir la experiencia de Dios y discernir comunitariamente su voluntad**

108. La comunidad de la hospitalidad misericordiosa es el ámbito ideal de nuestra espiritualidad. Es, está llamada a ser, biocenosis, biotopo, lugar de vida y de crecimiento vital. La comunidad será "escuela de espiritualidad" en la medida que los Hermanos valoremos que la razón más profunda que tenemos para habernos conocido y vivir juntos es nuestra experiencia personal de Dios y que el lugar privilegiado en donde la experiencia de Dios ha de poder alcanzarse y comunicarse a los demás es nuestra comunidad (Const. 27; cf. DCVR. 15). Por eso, es urgente superar la tendencia al individualismo en la vida interior, y fomentar la comunión en el espíritu, los diálogos y encuentros para compartir la fe, las dificultades y los medios que nos ayudan a vivirla. Debemos comprometernos y esforzarnos para realizar



un camino conjunto y practicar la ayuda mutua, la corrección fraterna y comunicar las experiencias de Dios.

109. Las celebraciones litúrgicas, la oración común y las reuniones comunitarias son momentos en los que, guiados por el Espíritu y acogiendo a Cristo como centro de nuestras asambleas, podemos y debemos practicar la comunicación y el diálogo a nivel de fe, revisar y evaluar nuestra vida y buscar y acoger la voluntad de Dios sobre la comunidad y sobre cada Hermano (cf. Const. 38, 3).

110. Una comunidad hospitalaria está llamada a ser, de forma relevante, una comunidad experta en el discernimiento espiritual. Quizá sea uno de los aspectos en que más podemos crecer en el futuro. Discernir el buen espíritu es algo que supera la mera agudeza intelectual. Ahí nadie puede sentirse superior a nadie. En el discernimiento una comunidad se coloca humildemente ante Dios con el deseo de descubrir su voluntad. Por eso, el discernimiento exige: oración, escucha de Dios y de los Hermanos, conciencia de que Dios suele revelar sus misterios a los más sencillos, pobres y jóvenes.

69

#### **d) Comunidad en misión de hospitalidad**

111. La misión de hospitalidad -central en la vida de la Orden- se hace presente y se encarna en la comunidad local. Comunión y misión se exigen y completan entre sí. (cf. Const. 41a; 43c)

112. No actuamos a título individual: la comunidad nos envía, al tiempo que nos apoya y hace creíbles como Hermanos de Juan de Dios (cf. Const. 43c). En la comunidad todos los Hermanos están comprometidos en el anuncio del evangelio a los pobres y enfermos. No todos, es cierto, pueden dedicarse a su servicio, pero todos participan en el que realizan los otros Hermanos que, a su vez, se sienten animados por quienes por edad, enfermedad u oficio, no desempeñan un trabajo profesional. Este sentido de comunión en la misión es importante cultivarlo y vivirlo, principalmente, donde la edad

de los Hermanos es alta y las exigencias sociolaborales no permiten seguir ejerciendo las tareas propias del servicio a los enfermos y necesitados como profesionales.

70

113. Hemos sido convocados desde la Hospitalidad para formar una comunidad de vida apostólica (Const. 5b; cf. Mc 3, 13-14). Es en la misión donde nuestra comunidad alcanza pleno sentido (Const. 41a) y donde se manifiesta el fruto del encuentro con Dios y con los Hermanos. Es en la misión donde se hace visible la transfiguración de nuestra identidad de creyentes y se hace presente y actual el Cristo compasivo y misericordioso del Evangelio que, en nosotros y por nosotros, se hace acogida, servicio y entrega a los enfermos y necesitados (Const. 2c; 5a). Lo que configura nuestra identidad no es ninguno de los niveles de nuestra vida por separado. La transformación es fruto del don de la Hospitalidad (Const. 2b). No se puede separar, por tanto, la actividad apostólica de la oración y de la vida fraterna en comunidad, ni se puede pensar que es gracias a la actividad, al trabajo realizado, lo que nos constituye en presencia de Cristo. La Hospitalidad nos constituye en apóstoles, y lo somos cuando en plenitud de facultades actuamos profesionalmente, y cuando por la edad o cualquier limitación no nos es posible estar al lado del enfermo o del pobre para curarlo o servirlo, porque lo constitutivo es ser hospitalidad, del que brota realizar gestos y actividades de hospitalidad.

114. Las actividades apostólicas no implican una suspensión de la vida comunitaria (Const. 43c). Mas bien ésta encuentra una expresión fuerte en la dispersión que requiere la misericordia con los necesitados y la hospitalidad; forma parte de nuestra espiritualidad el ser conscientes de los lazos que nos unen en la dispersión. Hemos de convivir en la distancia participando en el programa espiritual de nuestra comunidad. Nunca habríamos de sentirnos solos. La inserción en medio del pueblo es un modo peculiar de dispersión apostólica en hospitalidad y de vivencia comunitaria. Ahí se demuestra que nuestra comunidad ha nacido para los demás y no para sí misma (Const. 5b; 41a).





### e) Una comunidad con sentido de Iglesia

115. Nunca hemos de olvidar que formamos comunidades que pertenecen a la gran comunidad que es la Iglesia y a las Iglesias particulares con sus Pastores. Por eso, nos dejamos guiar por sus impulsos espirituales, por su magisterio, por la acción imprevisible del Espíritu en ella y colaboramos en su misión de hacer presente el Reino (Const. 1d; 5a; 41a), conscientes de que la Iglesia de Jesús, sin el testimonio del servicio caritativo y la misión de sanación, sería incompleta. Las obras apostólicas de la Orden están llamadas a ser ámbitos en los que públicamente se confiesa, proclama y practica el amor cristiano, como la parroquia es el lugar donde se confiesa y celebra públicamente la fe<sup>98</sup>.

116. La comunión con la Iglesia aviva en el Hermano su vocación de “sacerdote compasivo y misericordioso” al estilo de Jesús (cf. Const. 7c; 30 b): inserto en el pueblo que sufre, ofrece al Padre el culto de la oblación de la propia existencia y de la existencia de los pobres y enfermos; además, es profeta del Dios de la misericordia, que desciende al mundo de los pobres para mostrarles su amor y denunciar las situaciones de injusticia social o estructural; el Hermano, en la Iglesia, encarna el mandato de Jesús, que manifestó su entrega de amor hasta el final postrándose ante los discípulos para lavarles los pies, y les mandó perpetuar el gesto de hospitalidad y servicio, para que su permanencia en la Eucaristía no sea un rito que se repite sino el memorial de su entrega para comunicar vida y situar al mismo nivel de dignidad la vida de sus hermanos los hombres (cf. Jn 13, 1-17; Lc 22, 17-21).

71

## 5. Nuestro camino “personal” de espiritualidad

117. No es suficiente seguir y compartir el camino del pueblo de Dios. Cada uno de nosotros es un ser único, una persona irrepetible. En el camino es-

98 La Iglesia tiene necesidad de nosotros como nosotros tenemos necesidad de ella... Es indispensable la comunicación dentro de la Iglesia. Nuestra vocación y el carisma de nuestra Orden, en su identidad y en sus programas, deben estar bien presentes en el mundo de los creyentes, convertirse para ellos en un estímulo y un modelo, un camino para realizar la común vocación bautismal a la santidad. (P. MARCHESI, La Hospitalidad de los Hermanos de San Juan de Dios hacia el año 2000, Roma, 1986, n. 89)

piritual hay también una dimensión individual en la que nadie nos puede sustituir y que cae bajo nuestra absoluta e intransferible responsabilidad.

### **a) La oración personal como camino de espiritualidad**

118. “El manantial primario de nuestra misión caritativa es el amor misericordioso del Padre –cf. 1Jn 4, 10-11-. Esto exige que favorezcamos, personal y comunitariamente, en el diálogo de la oración, la integración entre vida interior y actividad apostólica, para poder vivir el amor a Dios en sintonía con el amor a los hermanos.” (Const. 28a). En la oración Jesús desea realizar con nosotros prodigios de misericordia (S. Benito Menni). Se inclina sobre nuestra debilidad, nos mira con infinita ternura, nos acoge con todo el amor de su corazón, como se inclinó sobre el lecho de los enfermos, como miró a los niños y a los pecadores, como acogió a María Magdalena, a Zaqueo y a Pedro. En la oración estamos llamados a dejarnos mirar por Jesús y permitir que la luz de su vida ilumine nuestra mente y nuestro corazón, para ver cuál es la voluntad de Dios en cada momento y seguirla con docilidad de hijos.

119. En el encuentro de la oración personal constata el Hermano la verdad y el dinamismo de su camino en el Espíritu. El encuentro amoroso y regular con nuestro Dios-Trinidad se hace cada vez más intenso e incluso más extenso, hasta llevarnos a orar en todo momento. La calidad del diálogo interpersonal con nuestro Dios manifiesta hasta dónde llega el Espíritu en nosotros. Es verdad que no sabemos orar como conviene. El Espíritu Santo viene en nuestra ayuda (Rom 8, 26-27). El guía nuestro avance en la oración y nos sorprende en la oración con sus inspiraciones. Cuando las preocupaciones diarias, cuando el trabajo no permite que aflore la vida de oración, nuestro camino de Espiritualidad se detiene e incluso retrocedemos en Él.

### **b) Un proyecto personal de espiritualidad**

120. Cada Hermano debe expresar su camino de espiritualidad en un proyecto personal, seriamente elaborado, discernido con su maestro o acompa-



ñante en el camino del Señor y, en la medida de lo posible, compartido con los Hermanos de comunidad.

121. El proyecto personal de vida se convierte en la manifestación de nuestra respuesta vocacional continuada. Es el mejor síntoma de que asumimos con responsabilidad la vocación que hemos recibido y estamos dispuestos a retraducirla en cada momento en acciones adecuadas: sabemos que para ser familia de Jesús, hermanos, debemos no sólo escuchar la palabra, sino también traducirla en la práctica.

122. Nuestro proyecto de vida es respuesta a la Alianza de Dios y se centra en el Reino de Dios que llega. La castidad, pobreza, obediencia, y hospitalidad que caracterizan nuestro compromiso con la Alianza de Dios con su pueblo, adquieren todo su sentido en el contexto del Reino de Dios y del seguimiento apostólico de Jesús. Con la praxis de estos consejos evangélicos, el Espíritu nos habilita para profetizar contra los sistemas de injusticia, de discriminación de los débiles, de derroche, de violencia. Los carismas evangélicos que el Espíritu nos ha concedido para la vida de hospitalidad, crecen en contextos de apasionada misión y amor al pueblo, que nos inserta cada vez más en él, en su historia y nos identifica siempre más con los más pequeños de la tierra.

123. Elemento esencial de nuestro proyecto personal de vida es la disponibilidad, en todo momento, para la gente como Hermano de San Juan de Dios. Ella es la más clara expresión de nuestra espiritualidad hospitalaria. Es la espiritualidad de la entrega, del servicio permanente, de la acogida sin reservas; es el camino real que conduce a la cumbre del amor que, como sucedió en Jesús y en Juan de Dios, se consigue descendiendo a las capas más hondas de la miseria y debilidad humanas, dedicándose a la asistencia de quien sufre con las actitudes y gestos del Hermano Hospitalario: servicio paciente, humilde y responsable, respeto y fidelidad a la persona, comprensión, benevolencia y abnegación (Const. 3b), haciéndose solidario de sus angustias y esperanzas.

### c) Contemplativos en la misión

124. La acción apostólica no es pura exterioridad. Es la sacramentalización de la misión del Espíritu y del Señor resucitado. Esto nos pide que integremos interioridad y actividad (cf. Const. 28a; 103a). En la misión no dejamos de estar con Cristo. Es más, entonces estamos unidos con Él de una manera singular. Es bueno que tengamos en cuenta que “un peligro constante para los obreros evangélicos consiste en dejarse implicar de tal forma en su propia actividad por el Señor que se olviden del Señor de toda actividad” (Juan Pablo II). Un momento importantísimo de nuestra espiritualidad es disponernos para el servicio caritativo renovando la conciencia de que al servir a los débiles estamos sirviendo al mismo Jesús. La “mística” de la hospitalidad nos anima a vivir en actitud contemplativa. Tenemos el privilegio de poder contemplar a Cristo ininterrumpidamente: los pequeños –toda persona es “pequeña” y débil- son íconos vivientes de Jesús. El acercamiento a los cuerpos humanos para curarlos del mal, como hacía Jesús, para dignificarlos y convertirlos en ámbitos de dignidad y de experiencia religiosa y cristiana, es esencial en nuestra espiritualidad.

74

125. La fecundidad de nuestro apostolado se vitaliza cuando nos sentimos solidarios con quienes sufren, conscientes de que nuestro amor misericordioso hacia ellos no es un acto unilateral (Const. 42c): el apostolado hospitalario es fuente de espiritualidad. No sólo porque el Hermano evangeliza, sino porque en la misma acción evangelizadora se siente evangelizado. Dios nos habla en los demás, especialmente en los necesitados de nuestra ayuda: se hace lamento, súplica, gratitud... y nos invita a escuchar y discernir sus mensajes; el emigrante, el enfermo, es el “otro” que encarna y actualiza la diversidad, lo diferente con que el Espíritu desea sorprendernos; descubrir los valores que hay en los grupos humanos y en las personas, dejarse impresionar y enriquecer por ellos, es fuente de espiritualidad. Sus consecuencias son imprevisibles, como imprevisible es el Espíritu.

126. El apostolado hospitalario es auténtica escuela y crisol de humanización:



nos estimula a crecer como seguidores de Jesús de Nazaret, que devolvió a la humanidad el rostro que el Padre decidió desde el principio, a la vez que va purificando el egoísmo y la insolidaridad, para que la acogida, la comprensión, el servicio y la donación total se plasmen y se transmitan en gestos de misericordia y solicitud. El enfermo, en su debilidad, es no sólo destinatario; es también agente de comprensión y amor: es la "universidad" (P. MARCHESI) que, sin necesidad de teorías, nos ayuda a adquirir la verdadera ciencia, la auténtica sabiduría del vivir. El apostolado hospitalario, además, lo compartimos con los profesionales de la Salud y de la Asistencia, con todas las personas que colaboran en las Obras apostólicas de la Orden. Esto es fuente de constante revisión de nuestras actitudes y motivaciones, nos urge a revisar si la persona que sufre es el centro de nuestra actividad y de todas nuestras preocupaciones (Const. 103b); si dedicamos todas nuestras energías y talentos al servicio de Dios en los enfermos y necesitados (Const. 22b; 1d); si personal y comunitariamente somos guías morales, conciencia crítica y creativos<sup>99</sup> -hoy diríamos refundadores<sup>100</sup>- de un estilo de hospitalidad en sintonía con la Hospitalidad de Juan de Dios; si individual y comunitariamente mantenemos vivo y promovemos su espíritu (EG: 127 b) si vivimos tan identificados con nuestra misión que los Colaboradores se sienten movidos a hacer lo mismo (Const. 23a). Con nuestros Colaboradores estamos comprometidos en cultivar y promover los valores de la persona y a contribuir a desarrollar y profundizar lo que venimos llamando "cultura de hospitalidad".

75

#### **d) Dimensión corporal de nuestro camino de espiritualidad**

127. La encarnación del Verbo se continúa en el tiempo y se hace realidad en la persona; en la persona del Hermano que sirve y en la del enfermo o

99 Cf. P. Marchesi, *La Hospitalidad de los Hermanos de San Juan de Dios hacia el año 2000*, Roma, 1986, nn. 66-86.

100 La espiritualidad en la misión se expresa en el entusiasmo, en la imaginación profética, en la creatividad apostólica. La falta de Espíritu lleva a la rutina, a la monotonía, a la mera repetición. La presencia del Espíritu es fuego que todo lo anima y lo recrea. Un Hermano con espíritu hospitalario nunca se acostumbra. Siempre descubre la novedad del Reino de Dios en todo lo que hace.

necesitado a quien sirve. La corporeidad es la mediación para la relación humana y forma parte del proceso espiritual. Nuestro cuerpo es templo del Espíritu, y miembro del cuerpo de Cristo; su misión es glorificar a Dios. En el cuerpo queda grabada nuestra historia, nuestras memorias más profundas. El cuerpo es el lugar de nuestra aventura existencial. Tiene vocación eucarística: tiende a convertirse en un cuerpo entregado, como lo fue el cuerpo de nuestro Padre, Juan de Dios. La virtud de la castidad, vivida como Hermanos Hospitalarios, es germen de fecundidad personal, pues en el apostolado cumplimos la misión de servir y promover la vida y atestiguamos la dignidad y el valor del cuerpo (Const. 10d).

76

128. La unidad psicósomática nos indica que no puede haber espiritualidad que no pase por el cuerpo, ni culto adecuado al cuerpo que no acabe en el espíritu. La interrelación entre equilibrio psicósomático y vida espiritual es indiscutible. De ahí la importancia de cultivar el equilibrio de nuestra realidad corpórea: la paz, la serenidad interior, el afecto y la delicadeza se transmiten por los sentidos. Jesús ponía las manos sobre los enfermos cuando los curaba (Lc 4, 40)<sup>101</sup>.

### **e) Vigilancia y apertura al Espíritu**

129. Los Hermanos de San Juan de Dios queremos estar muy vigilantes ante la acción del Espíritu en nuestro tiempo y en los diferentes lugares. La vigilancia nos llevará a vivir nuestra espiritualidad en situaciones martiriales<sup>102</sup>

---

101 Nuestro cuerpo está en estrechísima conexión con la naturaleza. Es aquella parte de la naturaleza que más hemos domesticado. Nuestra espiritualidad adquiere así tonos profundamente ecológicos, que no debemos desatender: así percibiremos mejor las posibilidades de todos los cuerpos humanos, pero también sus desgracias y degradaciones.

102 En el horizonte de la vida de un Hermano Hospitalario está siempre la posibilidad del martirio, el "caso serio" de la entrega de la caridad, de la confesión de la fe y de la proclamación de la esperanza. El martirio es un don. Y así ha sido siempre reconocido. Es un don para el mártir y también para la Orden. Es un don paradójico, pero real. Podemos rehuirlo de antemano, si eludimos el peligro, si buscamos seguridades, si evitamos cualquier tipo de riesgo. Una vida así, no merece el apelativo de "hospitalaria" y "misericordiosa". El martirio como horizonte da un color especial a la vida hospitalaria. Dentro de las formas de martirio están aquellos compromisos con los pobres que comportan marginación, aislamiento, condena. Es cuando el hospitalario puede decir: "estuve en la cárcel", "fui expulsado".



en las que más que la acción, sea la pasión la que caracterice nuestra forma de misión; en ambientes de diálogo interreligioso, en los que propongamos a Jesús como nuestro Señor, siervo de todos, Cuerpo entregado, y nosotros seamos sus testigos desde una espiritualidad de la kénosis y la humildad; en actitud de comunión con el laicado, mujeres y hombres, descubriendo en ellos energías para la perseverancia, para la entrega “ad vitam”, para la mutua relación; en situaciones conflictivas y duras en las que seamos mensajeros y testigos de justicia y compromiso por la paz.

## 6. La formación como camino de espiritualidad

130. El camino de espiritualidad tiene una versión reducida en lo que denominamos “iniciación carismática”, que tiene lugar en los primeros años de vida en la Orden, y en la “formación continuada”, que se prolonga a lo largo de toda la vida.<sup>103</sup>

### a) Primera etapa: iniciación carismática

131. Durante la primera formación y la formación profesional, el Hermano aprende a hacer las cosas: a estudiar, a expresarse, a realizar el trabajo profesional, a meditar, a orar, a ser buen religioso... Es el tiempo de los “ideales” –de santidad, de comunidad, de “encarnación en el mundo”-.<sup>104</sup> Desde aquí valora y critica a los demás: ellos no han sabido hacer; él hará las cosas de otra manera, porque pondrá en práctica aquello que sabe y siente. En esta etapa se ve la realidad con “los ojos de los métodos”, es decir, a través de una ideología que poco a poco vamos haciendo nuestra. No nos adecuamos a la realidad tal como ella es. Entramos en contacto no con la realidad misma, sino con la imagen que de ella tenemos. No es

103 “En nuestra vida religiosa pasamos por etapas significativas que debemos cuidar, especialmente: los primeros años de la formación inicial en cada una de sus etapas, la edad de la madurez; los momentos de crisis y retiro progresivo de la acción. La vida propia de los Institutos religiosos y sobre todo su futuro, depende en parte de la formación permanente de sus miembros. Es deber de cada Instituto procurar los medios y tiempos adecuados para que las personas se formen adecuadamente”. Orden Hospitalaria de San Juan de Dios. Proyecto de Formación de los Hermanos de San Juan de Dios. (P.F.O.) Roma 2000, n° 132). Cf. ORDEN HOSPITALARIA DE SAN JUAN DE DIOS. La Formación Permanente en la Orden. Roma 1991.

104 P.F.O., nn. 39 y 44

de extrañar que, al adentrarnos en la vida real, el día a día nos despierte y choque con el ideal soñado. Las frustraciones y decepciones pueden servir de escuela de “encarnación” en el mundo desde la experiencia-aceptación de la propia fragilidad, de la inconsistencia de las ideas desnudas y de la limitación-riqueza de los otros y de las estructuras.<sup>105</sup>

132. Similares experiencias van a repetirse en el apostolado, cuando llega el momento de dejar el trabajo, por edad o falta de salud. Esos momentos en los que se experimenta la crisis van a ser llamadas a detenerse en el camino, a acoger la fuerza de la Hospitalidad y redescubrir que hemos sido llamados y consagrados para ser hospitalidad y para anunciar el reino al estilo de Jesús (Const. 21), que necesitó experimentar el fracaso, el sufrimiento, la angustia, la fragilidad y el abandono, incluso la cruz y la muerte, para comprender y ser capaz de compadecerse y liberar a quienes sufren y mueren abandonados (cf. Heb 2, 14-18)<sup>106</sup>

78

### **b) La segunda etapa: responsabilidad operativa**

133. Tras la formación inicial, el Hermano Hospitalario queda plenamente inserto en la actividad apostólica. El paso de una vida guiada y tutelada hacia una situación de responsabilidad operativa necesita ser acompañado de una manera especial e intensa para aprender a vivir con plenitud la juventud del amor y del entusiasmo por Cristo.<sup>107</sup>

134. La edad mediana nos confronta con el riesgo de la rutina y la desazón por la falta o escasez de resultados. Éste es el tiempo para revisar, a la luz del Evangelio y de nuestro carisma, el amor primero, nuestra vocación ori-

---

105 Ibid., nn. 46-57. Características de nuestro modelo formativo: integral, en proceso, experiencial, personalizada, gradual y diferenciada, liberadora y profética, universal

106 Ibid., nº 24: “A la luz del itinerario de nuestro Fundador, el proceso formativo debe brindar a los candidatos y formandos un amplio espacio para interiorizar y reflexionar el carisma y la espiritualidad de la Orden. Es un reto para la Orden educar, formar y capacitar a los Hermanos para testimoniar el Evangelio de la misericordia en la sociedad actual, con fidelidad creativa”.

107 Ibid., nn. 92 y 137c





ginaria. Encontramos un nuevo empuje y nuevos motivos de perseverancia en la vocación. En esta época uno se concentra en lo esencial.<sup>108</sup>

135. La edad madura es propicia para caer en el individualismo, en la cerrazón ante la vida, o en la relajación. El camino espiritual nos ayuda a potenciar nuestro tono vital, a purificarnos y a entregarnos en oblación generosa. Esta edad nos ofrece la posibilidad de madurar en el don y la experiencia de la paternidad espiritual.<sup>109</sup>

### **c) La tercera etapa: los límites crecientes**

136. La edad avanzada se caracteriza por un progresivo alejamiento de la actividad, o por la enfermedad o la inactividad forzosa. Aunque sea un tiempo frecuentemente doloroso, ofrece al Hermano anciano la oportunidad de dejarse plasmar por la Pascua del Señor. En estas circunstancias la misión de la hospitalidad misericordiosa adquiere la tonalidad de la pasión; pasión que nos identifica con la pasión del Señor. Así llega a cumplimiento en el Hermano el misterioso proceso de espiritualidad iniciado tiempo atrás. La muerte es entonces esperada y preparada como acto de amor supremo y de entrega total de uno mismo.<sup>110</sup>

### **d) Los momentos cruciales**

137. Independientemente de las etapas, en nuestra vida hay momentos cruciales y decisivos. Factores externos, como un destino, un fracaso, un acontecimiento histórico, o internos, como una enfermedad, una depresión, una pérdida, una amistad, una crisis de fe o de identidad, pueden tensionar enormemente nuestra vida, hasta parecer que se va a romper. En esos momentos son decisivos el acompañamiento espiritual<sup>111</sup>, la oración, la cerca-

108 Ibid., n. 26h. La formación permanente en la Orden, n. 33

109 Ibid, n. 136. La formación permanente en la Orden, n. 34.

110 Ibid, nº 44. La formación permanente en la Orden, nn. 35 y 36.

111 Dentro del camino personal de espiritualidad es esencial el acompañamiento espiritual, no sólo en la juventud sino en todas las edades. El ejemplo de la relación de San Juan de Dios con San Juan de Ávila es una excelente referencia para nosotros. Necesitamos comunicarnos al más profundo nivel con algún Hermano o

nía fraterna, la presencia de los amigos. Así podrá el Hermano redescubrir el sentido de su alianza con Dios y de la primacía y fidelidad de Dios a ella. La prueba es un instrumento providencial del Espíritu para el crecimiento, para la identificación con Jesús, para el progreso en el seguimiento de Jesús crucificado.<sup>112</sup>

---

hermana experimentado en el camino del Señor. Nos sirve de referencia, de contraste, de estímulo. A nuestros superiores les cabe –en la medida de lo posible- un servicio de animación espiritual con relación a cada uno de los Hermanos de comunidad.

112 “Cada Hermano y cada formando han de saber integrar y vivir todos los acontecimientos, positivos o negativos, como parte de la propia historia a partir de la cual Dios nos habla y conduce”. (P.F.O., nn. 27 y 50)



## Conclusión

138. Cuando dejamos aflorar en nosotros, Hermanos de Juan de Dios, la sed de espiritualidad que nos habita, habremos de estar atentos a las sorpresas del Espíritu. Algo nuevo irá naciendo en nosotros. Caerán barreras. Lo imposible será posible. Florecerán nuestros desiertos. Se apaciguará nuestra sed. Seremos mensajeros alegres y entusiastas de la Buena Noticia de la Misericordia y la Hospitalidad. Seremos parábola de un mundo nuevo en medio del mundo del dolor y de la marginación.

139. El pueblo de Dios, la humanidad entera, necesita nuestro testimonio y nuestro espíritu tiene fuerza humanizadora. Pero también hemos de poner de relieve la fuerza y energía espiritual que llega a nosotros desde el pueblo santo de Dios y toda la humanidad, de la que formamos parte. Por eso, creemos que cuanto más Iglesia y pueblo de Dios y humanidad nos sentimos, más crece nuestra espiritualidad y más profunda y relevante se torna. Estamos llamados a vivir nuestra espiritualidad compartiendo nuestro don y también los dones de los demás.

140. Como Profetas de Misericordia, animados por el espíritu de San Juan de Dios, acogemos la invitación que, al inicio de este tercer milenio, nos hace Juan Pablo II en la carta *Novo millenio ineunte*: “Duc in altum! ¡Caminemos con esperanza!”<sup>113</sup>. Cristo Jesús, nuestra esperanza (1 Tim 1,1), alienta nuestra fidelidad en la misión profética.

---

113 NMI 58.





**Camino de Hospitalidad al estilo de San Juan de Dios**  
**Espiritualidad de la Orden**  
**Provincia Sudamericana Meridional "San Juan de Ávila"**



**Curia Provincial**

Gabriel Ardoíno 714

B1704EIP - Ramos Mejía

Buenos Aires - Argentina



ORDEN HOSPITALARIA DE

**San Juan de Dios**

PROVINCIA SUDAMERICANA MERIDIONAL